

Brecha

Nº 5

--

ARTES

--

ENERO DE 1959

--

LETRAS

--

AÑO 4

Secretario del Consejo de Redacción: **Arturo Echeverría Loría** — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: **BRECHA Ltda.** — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—*Rubén Darío* — Precio: ₡ 1.25

NUESTROS GRANDES PROSISTAS

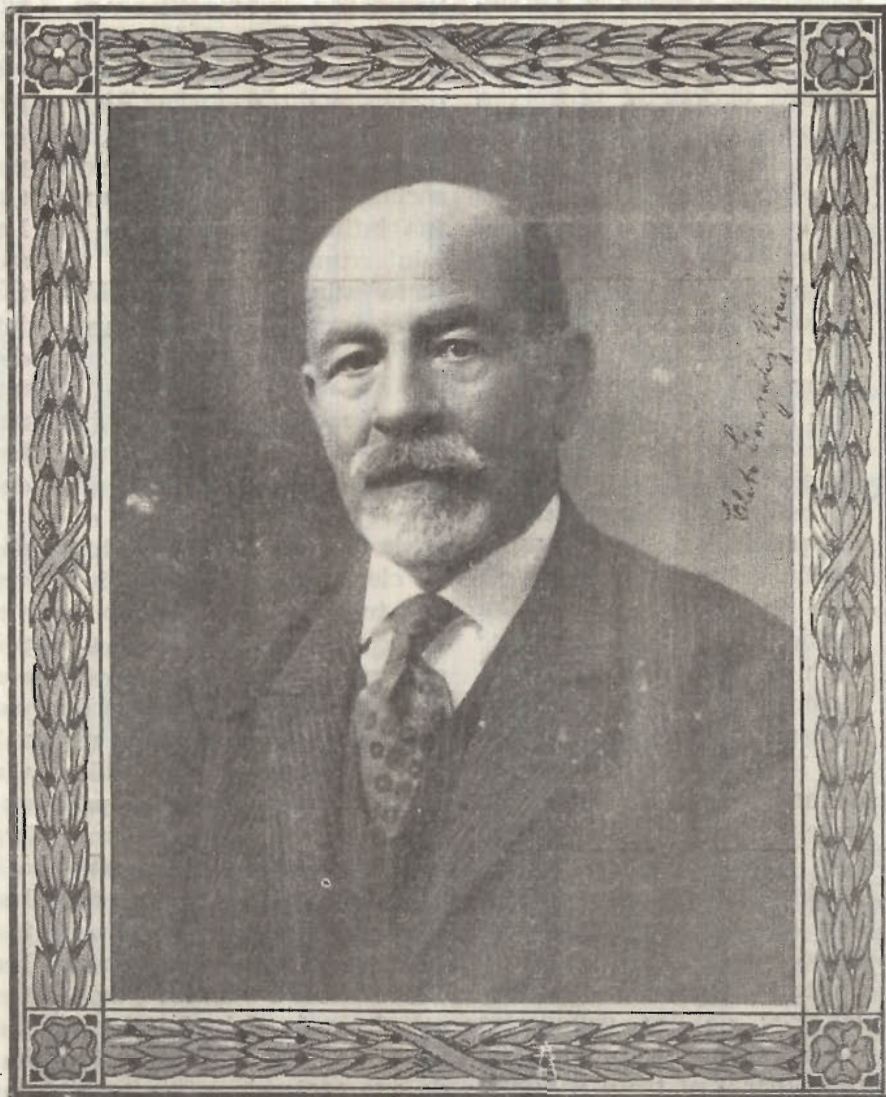
Relaciones entre Costa Rica y Nicaragua*

Por Cleto González Víquez

I

Vivamente complacido me siento de haber sido invitado a colaborar en esta revista **Nicarao**, que nace ahora como órgano de la Casa de Nicaragua y por cuya larga vida y éxito financiero y literario formulo sinceros votos. Mi satisfacción no estriba sólo en la señalada distinción que sus editores me otorgan con su solicitud de que les ayude en sus nobles y patrióticas tareas: se funda principalmente en el reconocimiento que se hace en mi favor de un derecho, si bien mínimo, a ocupar, aunque sea el más modesto y oscuro de los rincones de la Casa de Nicaragua, ya que por mis venas discurre un cuarto de sangre nicaragüense por mi abuela paterna que fue oriunda de Jinotega.

Mi caso nada tiene de raro, pues son innumerables los de esta mezcla de sangre nica y tica, por los que de allá vinieron y por los de aquí fueron a convivir en el pueblo hermano. En los mismos años en que mi abuelo recorría aquellas tierras, entonces apartadas, y contrajo su enlace matrimonial, estuvo en Matagalpa mi tío Don Juan de la Rosa González, primer firmante del acta de independencia de ese departamento, suscrita en la Casa Consistorial por el Ayuntamiento, el 14 de octubre de 1821, que a su vez se casó en León y jamás regresó a su



Don Cleto González Víquez

terruño natal, como hizo su hermano menor. De sus actuales descendientes he tenido el gusto de conocer a Don Juan Ignacio González Cer-

vantes, reputado ingeniero y a su hermano Alfonso, activo comerciante que acaba de visitarnos.

Para no concretarme exclu-

sivamente a mi familia, he de recordar que entre otros incontables costarricenses, tienen sangre nicaragüense los numerosísimos descendientes de Don Agustín Gutiérrez Lizauzabal, abogado guatemalteco que se casó en Rivas con Doña Josefa Peña Monge y de la Cerda, entre los cuales se halla el actual Presidente Jiménez Oreamuno; los de Don José León Fernández, que se unió en matrimonio en la misma ciudad con Doña Sebastiana Bonilla, y por tanto los hijos y nietos de Don León y Don Ramón Fernández, circunstancia que hará que la próxima primera dama, Doña Julia Fernández de Cortés esté emparentada con nicaragüenses; los de Don Mariano Montealegre Bustamante, nicaragüense fundador aquí de ese apellido, que forma hoy legión, y padre del Presidente Doctor Montealegre Fernández; los de los esposos Don Juan Salazar y Doña Mariana Aguado, leoneses que se radicaron en San José, de los cuales proceden los Salazar Guardia y los Fernández Salazar y por estos últimos los nietos del famoso potentado y Ministro de Hacienda Don Vicente Aguilar; los del segundo matrimonio de Don Toribio Argüello con Doña Mercedes Mora, hermana del Presidente Don Juan Rafael Mora Porras, uno de los cuales es el Licenciado Don Octavio Beeche, que aca-

ba de ser candidato a la Presidencia; los de Don Basilio Carrillo, cartaginés que se casó en León con Doña Jacinta Morales Saravia; los de Don Pedro Pablo Alvarado, casado en León también, con Doña Ana García, entre quienes figuró Don Alejandro, el recordado profesor de Derecho e integérrimo Presidente de la Corte de Justicia. Y sería cuento de nunca acabar el referir casos análogos. Pero sí he de agregar el hecho, por lo extraordinario, de que uno de los más esclarecidos Presidentes de Costa Rica, hábil abogado y notable estadista, q' muchos recordamos con cariño y veneración y que todo costarricense guarda en su memoria con gratitud y con orgullo, el Licenciado Don Ascensión Esquivel, fue nacido en Rivas de padre y madre nicaragüenses.

Aparte de estos nexos de consanguinidad, no debemos olvidar que hubo una época larga —de siglos— en que los hijos de Costa Rica que salían a educarse, en su mayor parte a León iban a seguir estudios para la carrera eclesiástica; que en el Seminario de esa ciudad recibían las órdenes sagradas; que algunos de esos sacerdotes se quedaban por años en servicio de curatos de aquella provincia; y que varios de ellos alcanzaron posiciones elevadas en el Cabildo de la Catedral, como los Padres Hoces Navarro, Juan José Madriz Linares y Pedro Solís, nativos de Cartago. Después la Universidad de León educó a nuestro primer Jefe de Estado, Don Juan Mora Fernández y a los primeros abogados del país (Don Braulio Carrillo, el doctor Castro y Don Pedro Pérez Zeledón Mora) y este último, que tenía gran cerebro y vasta ilustración, fue en Nicaragua Ministro de Estado y ejerció decisiva influencia.

El hecho de acudir estudiantes de aquí a las aulas universitarias de León tenía que contribuir en grado sumo a fomentar y fortalecer vínculos de fraternidad y de sangre entre costarricenses y nicaragüenses. Si a esto se añade que Costa Rica dependía en lo eclesiástico del Obispado de León, lo que obligaba a fre-

cuentes viajes a quienes habían de tratar negocios en la Curia, y a visitas a esta tierra de obispos o de visitadores delegados; que igual concurso de personas de aquí impuso en vísperas de la independencia el establecimiento en León de una Diputación Provincial, q' conocía de asuntos nuestros; que el comercio de esta provincia, en cuanto a lo que entonces se denominaba efectos de Castilla para diferenciarlos de los de la tierra, de las tiendas y almacenes de León se surtía; que por largos años nuestro tabaco era el que se expendía en la Factoría y tercenas de la República vecina, llevado por arrieros de aquí a los distintos puntos de principal consumo; que todo costarricense inclinado a correr tierras y que soñase en aventuras, tenía como objetivo primero de sus peregrinaciones el llegar a la capital nicaragüense, luego a la feria de San Miguel y como *summum* de aspiraciones arribar a Guatemala y a la Antigua; que León, como centro de mayor cultura y riqueza, proveía a Costa Rica de personal técnico en distintos ramos, como el de educación, de músicos de capilla y aún de oficios manuales, no ha de sorprender a nadie que muchos individuos de los nuestros se fijasen en Nicaragua y que muchos de Nicaragua llegasen a Costa Rica a trabajar y aquí constituyesen sus nidos familiares. Después, en los primeros años del gobierno autónomo de estas provincias, vino la agregación del partido de Nicoya a la de Costa Rica, que ha tenido el resultado de que gran cantidad de familias del Guanacaste procedan de ceprivense, pues de Rivas eran por lo común los propietarios de las haciendas de ganado de aquella rica y bella región. Con posterioridad y no bastando el Guanacaste para llenar las exigencias del consumo de carne en el interior y teniendo que ser nosotros tributarios de las ganaderías chontaleñas, ha tenido que mantenerse el trato continuo entre exportadores nicaragüenses y engordadores de esta República.

Las revoluciones y trastornos políticos, que fueron un tiempo en Nicaragua el pan de cada día, produjeron de

otro lado periódicas inmigraciones a nuestra tierra, a veces de liberales, a veces de conservadores, según fuese el color contrario de los que allá mandaban; y muchos de esos emigrados se radicaron aquí, por haber hallado ocupación halagadora o simplemente para gozar de un ambiente de orden y tranquilidad. De ahí, que Costa Rica se haya aprovechado de las luces y energías de una pléyade de nicaragüenses de altos prestigios y de relevantes dotes, como fueron Jerez, Zelaya y Rivas, y más recientemente el venerable y venerado Dr. Cárdenas, sus hijos, los Chamorro, los Torres y Ruiz, los Hurtados y Calderones, etc. Todavía hoy se da el fenómeno de que la colonia nica consta de muchos millares de individuos, en su mayor número gentes laboriosas y honradas, que se han identificado con nosotros y constituyen por su inteligencia innata y su carácter emprendedor, un magnífico y poderoso elemento de progreso.

Cabe afirmar, por lo tanto, que estas dos pequeñas Repúblicas, por la contigüidad de sus territorios y por sus nexos sociales, de comercio y de mutua influencia, han vivido en ininterrumpido contacto y trato íntimo y que sus pobladores forman una sola familia.

Y sin embargo, en el curso de su historia hubo temporadas en que sus relaciones fueron tirantes; al extremo de que entre nosotros en cierta época, solía decirse que teníamos tres estaciones en el año: **invierno, verano y guerra con Nicaragua**, en este orden por su duración. Lo de guerra se desvanecía en rumores, amenazas y nubecillas pasajeras, pues estos dos países jamás se fueron a las manos. La única guerra que emprendimos no fue contra Nicaragua, si bien se peleó en Nicaragua, contra las huestes del filibustero Walker, dándose a la sazón el hecho plausible y de amplia fraternidad de que costarricenses y nicaragüenses combatiesen unidos bajo una sola bandera, la de su independencia, por abatir a un común enemigo que, por torpes e inicuas pasiones de algunos de los hijos de Nicaragua, se había enseñoreado

de esa República y pretendía imponer igual yugo de esclavitud a todas las demás de Centro América. Ciertamente que a raíz de esa memorable exhibición de solidaridad centroamericana, se produjo un rozamiento, de vanidad sobre todo, entre los Presidentes Mora y Martínez, que estuvo a punto de ocasionar un conflicto armado, pero que se arregló por fin en forma diplomática. Ciertamente que Guardia, abandonando la norma de nuestros gobernantes de no mezclarse en los asuntos internos de otros países, se dejó seducir por las intrigas de otros mandatarios para intervenir en lo que no nos incumbía, y al cabo provocó la animadversión general, dando campo a la cuádruple alianza, gestionada y patrocinada por un costarricense —enredo que acabó también pacíficamente. Ciertamente que en 1898 el Presidente Yglesias ayudó con dinero y armas la invasión de conservadores y que entonces por vez primera movilizamos un cuerpo de tropas; pero ese desgraciado incidente fue felizmente terminado por la generosa mediación de Guatemala y de su Ministro Lainfiesta. Mas fuera de esos sucesos, nacidos por el apartamiento de nuestra prudente, juiciosa y fraternal manera de conservarnos siempre al margen de las luchas intestinas de los otros Estados, no hemos tenido serias dificultades con la vecina del Norte.

¿Qué razones pudo haber para que sobreviniesen divergencias, desagrados y discusiones agrias y desentonadas, próximas a convertirse en conflictos bélicos, entre dos países llamados por la naturaleza, por la historia y por la sangre a marchar en busca de su común destino, brazo a brazo, en cabal inteligencia y al latir de un solo corazón? No he de aludir a este respecto al modo cómo nos trataron las autoridades de León del tiempo colonial, ni las del Estado federal y de la República en punto a erección de obispado independiente, que aquí con justos motivos ambicionábamos y que nos llevó al desacierto, imitando al Salvador, de crear por ley una diócesis separada de la de Nicaragua y de elegir obispo—ni a la oposición que luego formuló el

Cabildo cuando la Santa Sede complació las aspiraciones nacionales, porque eso al fin no afectaba por fortuna seriamente las relaciones de los pueblos y eran más asuntos de sotanas que de gabinete y al cabo tuvieron el desenlace que apetecíamos; y me referiré tan sólo a las causas que de verdad influían en la conducta de los gobiernos, que no fueron otras que las que provenían de la vecindad de territorios.

Hay que señalar en primer término la de los emigrados políticos—funesto cáncer de las amistosas relaciones que debieron siempre existir entre los gobiernos— ya que tales sujetos no tenían más norma de conducta que la de provocar recelos y sembrar cizaña entre los mandatarios, explotar sus ambiciones, aprovechar los más mínimos incidentes para convertirlos en tremendos cargos, mantener en ambos lados la suspicacia y la inquietud, buscar alianzas de personajes influyentes para encender los ánimos, todo con el propósito de encon-

trar auxilios de dineros y de armas con qué llevar la revuelta al campo de donde venían y promover cambios de gobierno que lograsen el repugnante apéate tú para montarme yo. Este peligro puede decirse que ha pasado a la región de lo pretérito, en parte porque nuestros gobiernos en los últimos años a nadie han exilado por razones de política, y en parte porque los emigrados que nos han llegado de fuera no encuentran ambiente propicio para conspirar y menos para reclutar expediciones contra su propio gobierno. El emigrado político nota desde luego que tiene en nuestro territorio y entre nuestras gentes fácil y cordial acogida, que nadie lo molesta, que goza de efectivas garantías para sus negocios, ocupaciones o actividades lícitas, mientras observe una conducta de orden y de respeto a las leyes y autoridades; y siendo Costa Rica, como es por tradición ya inveterada y por canon inherente a su idiosincracia, un asilo y refugio sagrado para los extranjeros, sin respicencia a su credo religioso o a sus

opiniones y preferencias políticas, deben los que vengan conformarse con el modo de ser de los costarricenses, enemigos de trastornos, celosos de sus garantías ciudadanas, amantes de la paz y del trabajo. Y así, los temperamentos más ardorosos que nos llegan, al cabo de pocos días se enfrían, y los caracteres más revoltosos pronto se aquietan o se marchan; y sabiendo esto los gobiernos extraños, no se preocupan de la acción de los adversarios en el país, pues están seguros de que, si bien suelen hablar y escribir contra ellos, haciendo uso de la libertad de prensa—base incommovible de nuestra existencia social—no se les tolera que se armen o fragüen expediciones a territorio ajeno.

Mucho influyeron para menegar el peligro de los emigrados, los convenios centroamericanos de Washington. Sus estipulaciones referentes a no reconocimiento de ningún gobierno fruto de revolución, en favor de su jefe o de los ligados con ella y a que debía guardarse en todos los Estados el principio de la alterna-

bilidad en el poder, suprimieron del todo la posibilidad de invasiones y trastornos. Tales tratados han tenido, aunque a cambio de cláusulas peligrosas y tal vez inconvenientes desde otros puntos de vista, esa virtud tranquilizadora.

Otro de los motivos de que en ocasiones sufriesen algún quebranto las relaciones de estas Repúblicas fue la disputa de límites, tanto por lo que se refería a su trazado, como por incidentes ocurridos en la zona fronteriza, por falta de una demarcación efectiva. Esta disputa alguna vez fue explotada por las dos potencias anglosajonas que luchaban por el predominio del istmo centroamericano en previsión de un canal interoceánico; y en nuestra historia común quedaron famosas las gestiones del ministro americano Squier, contrario a Costa Rica y favorable a Nicaragua, y las del cónsul general inglés, Mr. Chatfield, que amparaba a Costa Rica y combatía a su vecina. A esa lucha puso fin el tratado Clayton-Bulwer de 1850 entre los Estados Unidos y la poderosa Albión; y pocos

Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento Especializado

OFRECE:

Nuevo Diccionario MEDICO Larousse

Para conocer y conocerse:

El "NUEVO DICCIONARIO MEDICO LAROUSSE" refleja exactamente el estado actual de la ciencia médica; reúne en artículos separados de fácil consulta una enorme suma de conocimientos de anatomía, patología, terapéutica, cirugía, psiquiatría, medicina social, obstetricia, anestesia, endocrinología, dietética, toxicología, etc.

Expone detalladamente para el público culto los más recientes progresos.

Su novedoso suplemento anatómico de láminas transparentes superpuestas permite adquirir un conocimiento sólido de la ubicación y relaciones de nuestros órganos.

Profusamente ilustrado con fotografías fieles y explícitas, y aclarado por figuras demostrativas, constituye un inapreciable instrumento de cultura que, con la misma exactitud, pero sin el tedio y la aridez de los textos especializados, permite saber bien y de inmediato todo cuanto se refiere al funcionamiento de los órganos y la salud del cuerpo humano.

Un Laoconte campesino

Por Antón Montesinos

Releyendo *El Pobre Manco*. Novelina de don Gonzalo Sánchez Bonilla.

(Imprenta El Comercio. San José, Costa Rica, 1910. Heredia, Agosto de 1910).

Acaso esta novelina sea la novela más corta escrita por un autor nacional.

En el desarrollo del argumento el escritor se da de lleno al relato de la acción, presentada ésta por los diálogos de las personas principales: Lico, Guaria, ñor José, don Arturo; o por los de otras personas, como los de los campesinos que juegan una "mesa" de billar en la aldea.

La naturaleza, el paisaje, las costumbres, —el ambiente campesino— apenas aparecen como viñetas distribuidas a lo largo de la acción, a modo de hitos que dan cierta ubicación geográfica. Casi todas esas poquitas viñetas revelan al escritor que sabe ver con originalidad y que es capaz de recrear lo que ve y lo que siente.

¿Y el lenguaje regional—pla-

gado de barbarismos y provincialismos— en el que se expresan los protagonistas?

Cierto que contribuye a darle ambiente campesino al relato. Mas, usado como lo está— con muy poco discernimiento artístico— empobrece el efecto emotivo, a fuerza de una ramplonería **demasiado concha**.

Es más, sugiere la idea de una acumulación de barbarismos y provincialismos con miras a documento léxico, más que con las de creación evocadora artística y necesaria. En este aspecto el realismo de la novelina nos parece que perjudicó el propósito central del relato.

Ese propósito del autor es el de emocionarnos con los infortunios (tuerce, sal), de Lico; infortunios obra sólo de la fatalidad. El pobre manco, al

perder una de sus manos —molida entre las mazas del trapiche— pierde el cariño de Guaria; el seductor (un Frégoli), aprovecha la oportunidad y engaña fácilmente a la campesina "corronga" cuyo padre, ñor José, es mandador de una finca perteneciente al padre del engañador vulgar.

¿Está logrado el propósito en el relato? Nos parece que no. Sabemos que Lico es físicamente bien parecido, que ama entrañablemente a ña Chica, que está enamorado, hasta los tuétanos, de Guaria; simpatizamos con el mozo sin vicios, trabajador incansable y buen tañedor de guitarra; compartimos su tristeza (susirio) ante el desamor de Guaria y, con todo, es ñor José, el padre de Guaria, el personaje que adquiere mayor relieve en la novelina.

En el fragmento final, quizá sin proponérselo el autor,

por sobre la caracterización del pobre manco, adquiere verdadero relieve patético la hasta ese momento destenida y apenas esbozada figura de ñor José. Las páginas en que el escritor relata (35 a 38) la desesperación del honrado padre a quien el hijo de su patrón le ha robado la hija, y con ella, su honor y el honor de su familia, ese corretear alocado por potreros y maizales, de cerro en cerro, clamando por Guaria con gritos que repiten los ecos desolados, es inolvidable página de una angustia auténtica, de una desesperación sin consuelo posible. Hace recordar al Rey Lear vagando, enloquecido, en la noche de tempestad, y hace recordar también la figura de Pedro Crespo.

Al finalizar la novelina con la desesperación paternal, al lado de ñor José—que de pronto ha cobrado magnitud indudablemente trágica—Lico resulta apenas un dolor más que llega a anudarse al cuerpo y al alma del agonizante Laoconte campesino.

Costa Rica.



años después la cuestión de frontera fue zanjada mediante el tratado de abril de 1858, que suscribieron los Generales Cañas y Jerez, con mediación de un plenipotenciario de El Salvador, General Don Pedro Rómulo Negrete, tratado que parecía destinado, por el alto valer de sus signatarios y por la solemnidad que le imprimía la mediación salvadoreña, a ser *aere perennius*, pero que fue puesto en tela de juicio por el Ministro Ayón, el cual, aguzando el ingenio, descubrió en él defectos de trámite y de formulismo. Este recurso de nulidad, inventado por el celeberrimo Ministro e historiador y apoyado por el gobierno del Cacho, coincidía

con el gobierno de Guardia, contra el cual, por sus avances en la política centroamericana, se había creado una mala voluntad manifiesta. Andando los años, fue sometida esa discusión al arbitramento del Presidente Cleveland y éste en su fallo de 1888 nos dio la razón a los costarricenses, quedando así consagrado y en todo su vigor el tratado Cañas-Jerez. Pero de poco habría servido el fallo, para cortar conflictos fronterizos, si no se hubiera procedido a fijar materialmente la línea divisoria y esta tarea fue el gobierno liberal de Zelaya quien la facilitó. El tratado Pacheco-Matus hizo posible que una comisión de ingenieros de am-

bos Estados, con mediación de Mr. Alexander, árbitro elegido por el gobierno americano, trazase la línea y fijase mojones materiales. Al Presidente Zelaya debemos, pues, acá y allá, que desapareciese para siempre ese motivo de inquietud, y que las notas destempladas de los gobiernos y los artículos de prensa insultantes y amenazadores, que un tiempo fueron corrientes, hayan pasado a los archivos polvorientos y a la categoría de las cosas muertas y enterradas. Ni a uno ni a otro lado del San Juan puede caber el deseo de exhumar o reabrir la añeja disputa: lo pactado, lo fallado fallado. Nada queda entre estas Repú-

blicas que las separe; todo debe tender ahora a cimentar y perpetuar una armonía fraternal. En esa dirección, ambos países deben anhelar que se construya una carretera de tráfico rápido y estable: que vengan de allá y que vayamos de aquí unos y otros, y tengamos mayor y mejor conocimiento recíproco; que haya mayor expansión y más frecuente trato en nuestras relaciones de todo orden y prepararemos así la verdadera unión de nuestros pueblos.

* Publicado en la *Revista Nicarao*, en 1936.

(Continuará)

Sueltos al Cielo... Agarrados al Infierno...

Por Gonzalo Chacón Trejos

El crucifijo que Fray Francisco Quintana interpuso, clamando por fraternidad y paz en el combate que el 5 de abril de 1823 libraron en Ocho-mongo los imperialistas de Cartago contra los republicanos de San José, es el mismo crucifijo que empleó el célebre fraile, un año antes, no precisamente para impedir que se derramara sangre de hermanos, en lucha fratricida, sino para evitar que se perpetrara el nefando entretenimiento de bailar agarrados y se cometiera la más impía ofensa a la moral, a las buenas costumbres al recato, al pudor, a la decencia y al temor de Dios. Contra tan atrevida y diabólica diversión, importada de Panamá por don Félix y don Francisco Oreamuno, estaba el celo vigilante de la Iglesia que, por medio de su ministro, el virtuoso Fray Francisco Quintana, de grata memoria en Costa Rica, se opuso airadamente a lo que juzgó perversa novedad. El buen éxito de Fray Francisco fue completo y ruidoso, pero pasajero. Duró, como las rosas del poeta, el espacio de un día. Desde entonces, hasta hoy, bailan las parejas, no digamos agarradas, sino pegaditas como parche al cuerpo o como estampilla al sobre, rozando las mejillas, disimulando espasmos en meneos de lánguida cadencia.

Antes de introducirse esa novedad, el deleite de nuestros mayores consistía en bailar sueltos, es decir, separadas las parejas, única manera conocida y permitida, elegantes rigodones, suaves pавanas, vi-

vas contradanzas y movidas varsovianas, además de zapateados y fandangos de estrepitosa alegría. ¿Bailar agarradas las parejas? ¡Jamás!

Uno de los personajes importantes de esta tradición es la ilustre dama doña María Práxedes Alvarado y Carazo, que nació en Cartago el 21 de julio de 1804. Cuando tenía trece años, sus padres la casaron con don Mercedes de Peralta, cincuentón y rico heredero del marquesado de Peralta. El matrimonio se verificó por poder, estando el otoñal novio en Panamá y, cuando éste llegó a Cartago, para que le entregaran a su esposa, ésta estaba entretenida jugando a las muñecas y, al recibir la noticia de que su marido la esperaba en la sala, se negó a comparecer, metiéndose debajo de una cama de donde la hicieron salir con gran dificultad y halagadoras promesas. Don Mercedes de Peralta murió al poco tiempo y de su matrimonio no hubo hijos. Su viuda, doña María Práxedes, casó tiempo después con don Félix Echeverría y de ese matrimonio descendían muy distinguidas familias e ilustres personajes, entre los cuales descuella nuestro gran poeta Aquileo J. Echeverría.

Basta de preámbulo; sigamos con la tradición.

—Ave María Purísima.

—En gracia concebida.

¿Quién es?

—Yo, fray Manuel Coto,

capuchino indigno.

—Entre, hermano, y bendiga esta casa. ¿Qué novedad tenemos hoy? Al oír esto, el hermano lego fray Manuel Coto, del Convento de Capuchinos de Cartago, soltaba la sin hueso comentando las novedades del día: entierros, misas, rogaciones, donativos, amonestaciones matrimoniales, disidencias, pleitos e intrigas de los vecinos de la Muy Noble y Leal Ciudad.

No olvidaba el santo del día ni las obligaciones que, según el calendario, está obligado a cumplir el buen católico temeroso de Dios y fiel a la Santa Madre Iglesia.

Era este lego el más grande parlanchín y bulle bulle de sacristía que hubo jamás en Cartago. Por sus enredos, entrometimientos, chismes y trapisondas, fue más de una vez severamente reprendido por su superior, fray Francisco Quintana, que murió en olor de santidad, amado y llorado por todos.

Desde buena mañana andaba el lego por la ciudad, de visita en las casas principales, donde era bien recibido, pues se apreciaba mucho su locuacidad y las infinitas historias que contaba. El buen hermano embuchaba siempre un almuerzo succulento, una buena comida o una apetitosa cena, además de tibios, chocolates y terte en pies. Se metía en las corinas, husmeaba la comida y se aprovechaba de la mejor tajada que engullía alegremente después de musi-

tar el benedícite sobre su plato, las ollas, las soperas y fuentes nutritivas. Al retirarse, llevaba alguna limosna, ya unos huevos, o empanadas, o cebollas y a veces uria gorda gallina. Todo lo recibía humildemente pues decía que la hermandad de San Francisco es pobre y la regla del santo incomparable le imponía santa humildad y recibir con gratitud cualquier limosna, por menguada que fuese. Sin embargo, cuando la limosna era ínfima, no la bendecía y se retiraba malhumorado.

No había enredo, ya fuese íntimo, político, social o de negocios, en que el hermano lego no metiera la cuchara, como la metía hábilmente en buenos guisos, al hacerse invitar en casas ricas.

—¿Quiere un tibio, hermano?

—Hoy no será porque estoy convidado por doña Anacleto, pero mañana vendré a almorzar con mucho gusto.

—Buenas noches, hermano. ¿Quiere un chocolate con bizcocho?

—Precisamente debo irme ahora mismo a tomarlo a casa de la niña Teodorita, pero mañana vendré a comer con mucho gusto...

Y así el astuto lego se invitaba descaradamente todos los días, hoy aquí, mañana allá; donde hubiera puchero sustancioso. Estaba gordo, reluciente, y sus barbas lustrosas y revueltas churreteaban de cuánta golosina se comía en las casas opulentas.

Esto ocurría en el año 1822, cuando los Oreamunos introdujeron la más estúpida, la más despampanante de las novedades bailables, que permitía a las parejas bailar agarradas. Era algo sorprendente que trastornaba una costumbre secular.

¿Bailar agarrado a la pareja, tomándola por el talle y enlazándola en un brazo? ¡Oh increíble moda! ¡Oh maravillosa innovación! ¡Oh atortolante novedad!

Jamás, en un baile de per-

sonas decentes, de buena casa, de alto rango, dignas del más profundo respeto, nunca, por cerebro alguno, pasó ni remotamente la tentación de tomar por el talle a una dama, infiriéndole con ello gravísima ofensa, inmenso agravio.

¿Bailar agarrados? ¡Caracoles! Era introducir atrevida revolución en las costumbres e iniciar desaforada novedad en la pacata sociedad cartaginesa. La novelería salió, como siempre, triunfante; decidieron organizar un baile de agarrados con buenos músicos: practicaron mazurcas, polcas y valonas, arregladas para dos violines, un violón, un flautín y dos vihuelas. En fin, algo atrevidísimo y novísimo, en grado superlativo. Se dispuso inaugurar la atractiva novedad en un suntuoso baile para el cual se hicieron ensayos y preparativos, muy a la callada.

Un día, a fines de enero de 1822, la casona de don Tranquilino de Bonilla y su esposa doña Sinfarosa Peralta del Corral, casona que ocupaba media manzana frente al Convento, anocheció engalanada con uruca, profusamente iluminada por candelas con parabrisas de hojalata que rebrillaban en las rojas baldosas de ladrillo, relucientes de esperma.

A las siete de la noche ya estaban allí los concurrentes: lo más selecto y empingorotado, con mucha sangre azul, casacas rojas, diademas, aderezos y otras ricas joyas. Allí lucían doña María Práxedes Alvarado y Carazo, linda viudita de 18 julios y en estado de merecer; doña Gertrudis Peralta; doña Teodora Ulloa; doña Sinfarosa Peralta del Corral; doña Salvadora Gutiérrez y Peñamonge; doña Jesúsita Carrillo Morales; doña María del Pilar de Bonilla y Nava; doña Anacleto Ernesto; doña Manuela Nava, muy airosa con su collar de perlas, sus arracadas de oro con diamantes y pulseras de primorosa filigrana. Allí estaban las Ximénez, las Peralta, las Oreamuno, las Carazo y las Sancho de Castañeda.

Entre los caballeros des-

taaban el dueño de la casa, muy jovial y obsequioso con los señores don Rafael Barroeta, don José María de Peralta y don Juan Mora Fernández, miembros de la Junta Gubernativa; el Comandante General don Santos Lombardo, don José Rafael Gallegos, don Juan José Bonilla, don Joaquín Mora Fernández, don Juan Diego y don Manuel Antonio de Bonilla y Nava, don Francisco Miguel Guardia y Robles, don Francisco Sáenz, don Matías Granados, don Manuel Escalante y toda la juventud dorada, vistiendo las damas largos túnicos de panza lucia (*) zapatillas de talpetao y tacón alto, peinadas de rodete con robacorazones, flores y peinetas de carey. Los hombres vestían, unos, a la usanza colonial, casacas rojas, azules o verdes, cuello de encaje y chorrera, calzón corto, medias de hilos claros, peluquín de coleta y zapatos con hebilla; otros, más a la moda, llegaron de levitón oscuro, chaleco de dos botones, corbata negra de cuatro vueltas, camisas blancas con pliegues menudos, pantalón de pasarrío, o sea de campaña, botas de media caña, todos cuidadosamente afeitados.

Comenzó el baile al compás de cadenciosa mazurca, lánguida, y amorosa; la emoción era intensa y los más vivos rubores arrebolaban las mejillas de las damas al sentirse enlazadas por los brazos de los caballeros. La emoción de éstos ¿cómo describirla? Además, existía la agravante de que nunca las mistelas de leche, de canela, de yerbabuena, fueron tan abundantes en las panzudas tinajas, ni tan tan sabrosas, ni tan solicitadas, ni tan cargadas y por lo tanto tan socadoras...

El baile se desarrollaba con la mayor compostura cuando, debido al exceso de calor por la aglomeración y las muchas candelas, abrieron las anchas ventanas que daban a la calle. Fue entonces cuando, atraído por los dulces sonos de la música y, sobre todo, por su insaciable curiosidad, salió del Convento el lego fray Manuel Coto y voló a fisgonear por la ventana. Estaba el baile animadísimo; las parejas enlazadas bailaban en gracioso

giros, sonrientes los labios y los ojos que, a ratos, se acariciaban en largas miradas, sorprendidas y gozosas; los ondulantes movimientos en cadencia, al compás de la música, el armonioso y delirante placer de bailar, por primera vez, agarrados, les producía un raro deleite de llameante emoción, embriagadora y sensual.

El hermano lego nunca se imaginó lo que veían sus ojos escandalizados; se llevó las manos a la cabeza, en señal de espantado asombro, y corrió hacia el Convento al que entró dando grandes voces:

—¡Fray Francisco! ¡Fray Francisco! Venga para que vea! En la casa de don Tranquilino están bailando ¡agarrados! los señores y las señoras. Están allí las mejores niñas y los más pulidos caballeros bailando agarrados! ¡Santo Dios, sobre Cartago va a llover fuego del cielo, como en Sodoma y Gomorra!

Fray Francisco salió gravemente de su celda, donde estaba en oración, siguió al lego hasta una ventana del salón del baile y comprobó que, esa vez, el lego no mentaba ni exageraba. ¡Todo lo contrario! Rápidamente volvió al Convento, llegó a su celda, descolgó el crucifijo de bulto, de una vara de alto, y regresó, con los santos ojos encendidos por la más tremenda indignación, hacia la casa del pecado, penetró en ella irrumpiendo violentamente por entre las parejas enlazadas y colocó el crucifijo en mitad del salón, en el suelo, con infinita unción y reverencia. Calló la música, se detuvo el baile y todos rodearon al inesperado capuchino que los conminó, con estentórea voz y ademán furioso, señalándoles el crucifijo sobre el suelo:

—¡Sigán bailando, sigán bailando sobre el cuerpo de su Divina Majestad!

Y con voz tonante, digna de resonar en los púlpitos:

—Sigán, sigán bailando agarrados sobre el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo!

La confusión y desbandada que siguió es indescriptible; huyeron santiguándose y dando gritos las mujeres; los

hombres las siguieron en veloz carrera y todos desaparecieron en un santiamén. La airada conminación de fray Francisco causó efecto fulminante, pues a poco de llegar el manso hijo de San Francisco de Asís, convertido por ese pavoroso baile pecaminoso en furibundo fraile, no quedaron en el baile ni los músicos, que huyeron en carrera abierta, sintiendo atrás las pezuñas del Malo y hasta el olor a azufre del infierno.

Doña María Práxedes Alvarado y Carazo se llevó un susto mayúsculo y, desde ese día juró no volver jamás a dejarse abrazar por hombre alguno —salvo que fuera su esposo— en un baile. Y cumplió su juramento; doña María Práxedes nunca más volvió a bailar, para no ofender a Nuestro Señor Jesucristo.

Así terminó el primer baile de agarrados en Costa Rica, lo que no fue obstáculo, a pesar del fiasco inicial, para que quedara definitivamente establecido y arraigado.

Hoy, ni otro fray Francisco, con toda su fama de santidad, ni cien Crucifijos de Ochomogo, donde uno sólo separó a cartagos, josefinos, alajuelas y heredianos, que estaban matándose ferozmente por una majadería política, harían el sorprendente milagro de separar las innumerables parejas que bailan en un arrobamiento, el son, la rumba, el cha cha cha; porque, francamente, aquí para entre nos, lector amigo o lectora adorable, eso de bailar pegadito a la pareja, da un gusto tan delicioso y tan lleno de arrobador deliquio que, por gozarlo plenamente, vale la pena arriesgar y exponerse a ir a parar, derechito y de cabeza al mismísimo Infierno, hasta la consumación de los siglos...

(*) Véase el traje de Madame Recamier, estilo imperio, en el retrato pintado por David, y otros trajes de esa época 1804, y se tendrá una idea de cómo era el túnico de panza lucia.

Don Joaquín García Monge

Por Joaquín Gutiérrez

"El Directorio de la Sociedad de Escritores de Chile invita a Ud. y familia al homenaje que se rendirá a la memoria del maestro y escritor costarricense Joaquín García Monge, el día martes 25 de Noviembre, a las 19 horas, en la Sala de Conferencias de la Universidad de Chile.

Harán uso de la palabra:

Joaquín Gutiérrez, en representación de los escritores costarricenses; Ricardo Latcham, por la Universidad de Chile; el Rvdo. Padre Alfonso M. Escudero, a nombre de la Sociedad de Escritores de Chile; Crisólogo Gatica, de la Unión de Profesores de Chile.

Inés Moreno dará lectura a algunos trozos de Joaquín García Monge.

Santiago, Noviembre de 1958".

Avanza la década de mil ochocientos ochenta, pero no sopla el viento de la historia en ese villorio de adobes y tejas, en donde se ha detenido el tiempo colonial.

—Ave María Purísima, ese muchacho a los cinco años y ya sabe leer.— Prodigio para los vecinos y, sobre todo, para las beatas que lo regalonean a cambio de que el niño les lea en los libros de oraciones.

Frente a la iglesia de la plaza, un pozo y unos enormes higuerones: el niño se instala entre las maternas raíces retorcidas y lee, lee y lee. Pasarán 70 años y será siempre un poco niño campesino dedicado a la lectura.

A la escolita rústica de Desamparados no ha llegado ningún pedagogo brillante, es tan sólo un santo, un maestro rústico que enseña a empujoncillos.

El mismo don Joaquín, luego, en confesiones a Yolanda Muñoz que escribió una excelente memoria sobre su vida y obra, lo recordará: "pe-ene-pan, pe-e-ene-pen, pe-i-ene-pin, pe-o-ene-pon, pe-u-ene-pun. Esos eran los intrín-gulis del pan, pen, pin, pon, pun y los niños al llegar al pun se tiraban al suelo y todo era una sola carcajada".

Cursa García Monge la escuela primaria de siete grados, queda huérfano de padre y en la capital cursa la secundaria de cinco años más, como alumno interno. Y vuelve, ya bachiller, a su aldea, a ese Desamparados de vacas y gallinas. Y de nuevo lee, y lee.

Así un día leyendo, sentado

en la ancha ventana, para aprovechar los últimos rayos del sol, descubre a José María de Pereda y con Pereda un camino:

—También a mi alrededor crepitan las novelas. El vecino Pedro y la vecina Micaela son personajes tan importantes, y más importantes, que la Marquesa, el General o la señorita que es melancólica, hace poemas y se suicida. Sí, es claro, aquí mismo, entre los vecinos que vienen a charlar alrededor del pozo, hay docenas de novelas. Se necesita tan sólo, desnudarlas.

Lección inmensa que hoy, todavía, nos debe servir de norte.

Puede creerse que en Costa Rica, al finalizar el siglo XIX, no había novelas? Pues así era. Un precursor, Argüello, a quien estirando la benevolencia se le puede adjudicar el título, pero, en realidad, fue don Joaquín el primero.

Visita una imprenta, acompañado de su maestro don Carlos Gagini, quien firma un documento por 125 colones responsabilizándose por la deuda, y un día recibe, impresa, su novela "El Moto". Estamos en 1900 y don Joaquín tiene, apenas, 19 años de edad. Y la novela no es género para niños precoces. Se puede ser precoz en poesía, en música, en matemáticas; pero no en novela. Y don Joaquín lo fue, archiprecoz! Y esc sin contar con ningún antecedente nacional para apoyarse, de bruces sobre el vacío, agarrándose firme, eso sí, en su

conocimiento de la vida del campo.

El éxito fue grande, la edición de "El Moto" se vendió toda, pagóse la factura y aún alcanzó para que el novel autor se mandase a hacer un terno de casimir importado. El triunfo le dio impulso y ese mismo año publicó la segunda, "Las Hijas del Campo", bajo la influencia de Zolá. Trama más compleja y ambiciosa y la misma dulzura, la misma falta de retórica, la misma sonrisa humana y bien humorada. Nuevo éxito, una tercer novela, y en 1901 se le otorga una beca para viajar a Chile a estudiar tres años en el Instituto Pedagógico y algunos cursos de zootecnia en la Quinta Normal.

Regresa y es nombrado profesor de castellano y literatura en el Liceo de Costa Rica, a los 23 años de edad. A las pocas semanas estalla un conflicto entre el Gobierno y el educador chileno don Zacarías Salinas, director en esa época del establecimiento. Salen los muchachos a desfilarse a la calle, interviene la policía y en los interrogatorios de los detenidos sale a relucir el nombre de don Joaquín como el principal incitador a la rebelión. El gobierno, drástico y miope, lo destituye por anarquista.

¿Qué dirán los vecinos de Desamparados reunidos a la salida de misa? ¿Qué significado tendrá para ellos la palabra anarquista?

Al día siguiente el anarquista llega a su pueblo a cultivar

la tierra y sólo vino a sacarlo de allí, años después, el Presidente Cleto González Víquez llevándolo de profesor al Colegio de Señoritas.

La Cátedra, un matrimonio, un hijo. Y en 1915, al crearse la Escuela Normal en Heredia, fecha importante en el desarrollo de la educación nacional, allá lo llevan. Y en 1927 asciende al cargo de Director.

Aquí una quebradura dolorosa en el desarrollo democrático del país.

Los hermanos Tinoco instauran la dictadura. Don Joaquín había predicado: "el educador no ha de ser un conejo asustadizo, ni mucho menos un alcahuete de los políticos". Y éstos se ceban con él. Destituido parte a Nueva York a tratar de fundar una editorial, pero no le agradó la gran cosmópolis, como se decía entonces, ni encontró ayuda. Vuelve, lucha contra la tiranía, hasta que ésta cae. Ya es un hombre a quien se escucha. Ya ha comenzado a ser la conciencia de su pueblo. Un espejo claro en donde se reflejan las mejores virtudes de su nación de labriegos y artesanos.

El tirano, al huir, entrega el mando al general don Juan Bautista Quirós y los vecinos de la capital, alarmados de que no retorne aún la vida ciudadana a la normalidad, nombran una comisión de capitalinos para que visiten al general y le hagan saber qué esperan de su mandato. Don Joaquín la preside y tiene la palabra.

¿Qué magnífico alegato público y qué modelo de oratoria cívica! Primero ablandar al general, después convencerlo, amenazarlo luego, erguirse ante él y hacerle sentir que todo un pueblo está hablando en ese momento con sus palabras y que, ante un pueblo, su espada de general es una cuchilla herrumbrosa. La patria y su destino están por encima de todo. Vamos, general, olvide su pequeña postura y convoque a elecciones, yo se lo implico, yo se lo mando.

Retornó la normalidad constitucional y fue nombrado se-

cretario de Educación Pública. Y después, de 1920 a 1935, Director de la Biblioteca Nacional. Desde entonces no vuelve a servir ningún cargo público.

Yo lo conocí en la Biblioteca hace un cuarto de siglo. Los muchachos íbamos a leer Salgari en unas mesas redondas y lo veíamos pasearse a veces por los jardincillos interiores. Poco después me llevó una tarde mi padre donde él a presentarme:

—Don Joaquín, este muchacho parece que va a resultar escritor. Yo quiero dejárselo a su cuidado.

Mi padre partió y yo quedé allí, con mis 15 años muy impresionados, mirando a ese hombrecillo gordo, de calva incipiente, mejillas rosadas de hombre criado al aire libre, voz delgada apenas con movimientos mínimos de los labios, mirada juguetona, siempre con un matiz de burla cariñosa. Me pidió que le leyera los versos que andaba llevando. ¿Cómo lo habría adivinado? ¿Cómo pudo darse cuenta de que todos los bolsillos los traía llenos de sonetos?

Volví al día siguiente y volví muchas veces. Me prestaba libros, hoy Santa Teresa y mañana Bakunin, hoy Quevedo y la otra semana Neruda, de quien acaba de recibir la edición grande de Residencia en la Tierra... Y después Martí seguido del Romancero gitano de García Lorca.

Con aquel riego crecía la planta y el jardinero me pidió la primera colaboración para Repertorio. Ya aquello era la consagración definitiva, salir en letras de molde, viajar por toda América con esas alas de papel impreso, saber que ese ejemplar, en que aparecía nuestro poema, caería en las manos de Alfonso Reyes, descansaría en el escritorio de la Juana de Ibarbourou, rodaría entre los universitarios de Lima o México.

Y si lo cuento así, con detención, es porque ese mismo estímulo, ese mismo calor humano, esa misma generosidad fue disfrutada por tantos, cientos y miles de muchachos

con inquietudes, para quienes Repertorio fue un padrino, un viento que levanta, un pan cultural, un abrazo de aliento, un soplo de bondad.

Después, con toda mi generación, bebimos el vino fuerte del iconoclastismo. Para vencer la batalla que librábamos dentro de nosotros mismos, tuvimos que volvernos sectarios, ásperos, intransigentes. Nos movíamos en medio de una sociedad adocenada, tibia y a menudo mezquina y para romper los prejuicios que nos envolvían nos convertimos en unos bárbaros sin respeto a nada. Don Joaquín mismo más de una vez cayó bajo nuestra mofa. "Es un viejito inofensivo, a dónde va con su Repertorio, que tanta Santa Teresa"... y cosas así. Nosotros, en cambio, el grupo en donde estaba la más fecunda y variada generación literaria y artística que ha dado Costa Rica, Yolanda Oreamuno, Fabián Dobles, el poeta Segura, el escultor Paco Zúñiga y muchos más, entonces muchachos de 20 años, íbamos mucho más allá... así al menos lo creíamos pretensiosamente.

Ya lo visitábamos poco y cuando lo hacíamos era para robarle libros. O si no, para llegar hasta la puerta de su casa y arremedar el pregón callejero... compro boteeeeee-llas, papel periooooooico...

El, que vendía papeles viejos de tantos que se le acumulaban, para ayudarse a subsistir, contestaba desde adentro: Ya voy. Y lo veíamos acercarse por el largo corredor, oculto bajo un montón de papeles que apenas sostenía en sus brazos cortos y gorditos. Llegaba a donde estábamos conteniendo la risa, y naciente su calva detrás de la montaña impresa como la luna detrás de los Andes. Descubría la broma:

—¡Ah Gutierrezitos, siempre de guasa!

Todo dicho con una voz limpia, privada de todo rencor, llena de cariño. Hoy, en esta ocasión, por esos años de torpe intransigencia, perdónanos, don Joaquín.

Después, ya en Chile, escri-

birle y colaborar en su revista. Y ahora, hace un año que volví a Costa Rica después de 15 años de ausencia, irlo a ver con toda la frecuencia que podemos.

Su casita modesta. En la primera pieza una mesa redonda, libros y libros y revistas y cartas y todas las clases posibles de papel impreso. Sentado, solo, es un sabio socrático a quien ya muy pocos visitan. Un Gobierno torpe le negó la posibilidad de ser candidato a diputado hace unos 6 años. La salud comienza a abandonarlo y, además, su esposa está enferma y él hace las veces de enfermero.

Nos recibe tan contento, con esa efusividad suya reprimida y en sordina. —"Vienen muy pocos a verme, ya estoy viejo y los aburro"—.

Pero no está viejo, no es cierto. Está al día en todo. Lee y lee y lee. Una nueva realidad social, que implica cambios fundamentales y que resulta de tan difícil asimilación para un hombre nacido hace casi 80 años, a él le resulta natural. Y si no, ¿para qué ha leído tanto? No es comunista pero los ayuda lo que puede. ¿No son acaso quienes más se preocupan del hombre sencillo, de sus campesinos, de sus personajes, de sus artesanos y obreros? El sigue siendo un hombre del pueblo que parece no darse cuenta de su sabiduría, de su prestigio en América y de que está sentado en la silla de oro de la inmortalidad. Es un inmortal para mi pueblo y su prestigio, para decirlo con las frases con que saludaron los indios al Libertador, crecerá con los siglos como la sombra cuando el sol declina.

* * *

Ya dijimos que como novelista da punto de partida al género en Costa Rica. A la aparición de sus obras, naturalmente se encontró la polémica. Cómo decían los grandes intelectuales de pera y bigote, con varios viajes a Europa, cómo se atreve este mozalbete a creer que con ñor Juan como héroe se puede escribir una novela?. Pero Alfonso Quijano el bueno ¿qué era sino un ñor Juan de su

tiempo?. El impacto de sus obras fue fundamental como contribución a una literatura nacional, realista, costarricense. Es de lamentar que no hubiera insistido, que si alcanzó tan alto con obras escritas a los 20 años no hubiera escrito otras a los 40, a los 50. Pero con lo que hizo junto con el poeta Aquileo Echeverría, el cuentista Magón y la novelista, escritora para niños y maestra admirable también, Carmen Lyra forma los cuatro pilares sobre los que se edifica la literatura costarricense, nuestra contribución a las letras americanas.

Como educador su mano regó al voleo tanta semilla que es imposible contar sus espigas de tantas que han florecido.

Como publicista fue el más incansable, modesto, generoso estimulante de promociones y promociones de muchachos americanos, fue el mejor vínculo de los espíritus libres de América durante 50 o más años, fue un sonido inalámbrico que tiqueteaba, de corazón a corazón, pasando la consigna justa, la voz de alerta, la palabra sagrada, el verbo justiciero.

Comenzó con Vida y Verdad, en 1904. Según sus propias palabras picaba y no la vieron con buenos ojos, por lo que se vio precisado a editarla con seudónimo: editor Jonathas Riedell. El lema: "la vida y la verdad triunfan de dioses, instituciones y hombres". Tenía entonces 23 años. Su segunda revista fue "Siembra". Aparecieron 5 números. Después, bajo la influencia de Rodó, la colección Ariel, la cual, para que todos pudieran comprarla, valía diez céntimos el tomito. Ariel abarcó de 1910 a 1915. Además, el "Boletín de Educación Pública", la revista "Universo", la revista "La Obra", el "Convivio para los niños" y, finalmente las ediciones de "Repertorio Americano".

El primer número de Repertorio está fechado el 1° de setiembre de 1919. El último quedó en original sobre su mesa de trabajo. Al principio durante diez años, fue semanal, después quincenal y, a-

hora aparecía más o menos cada mes, cuando juntaba los pesos. En total publicó más de 1300 números, siendo un hombre pobre, muy pobre, que no tenía nada, que vivía en una casa que le prestaba su cuñado. Un hombre pobre que moviliza millones y millones de pesos con sus publicaciones en beneficio de la cultura.

En Repertorio su trabajo personal es gigantesco: separa la correspondencia, la archiva, lleva la contabilidad, selecciona el material para lo cual sigue leyendo por toneladas, escribe las notas bibliográficas, siempre estimulantes, compagina, lleva el material a la imprenta, corrige las pruebas, recibe la edición, la cuenta, la envuelve, rotula y amarra en paquetitos que lleva, él mismo

en varios viajes, con sus pasitos cortos, hasta el correo.

Sin embargo, siempre insiste en que Repertorio no es un trabajo personal sino colectivo y recuerda la labor de los prensistas y tipógrafos, del distribuidor, de los quinientos suscriptores nacionales y los amigos y colaboradores del extranjero.

Y "Repertorio" aparece, uno y otro número, siempre con algún artículo de gran interés por lo menos y con mucha noticia, mucha vibración. Generosísimo, cada vez más con los años que pasan, muchas de las colaboraciones que publica son intrascendentes pero, si él no las publica, ¿quién lo hará?. ¿Y quién puede asegurar que el muchacho que comienza no va a dar

un estirón? ¿No comenzó acaso Darío escribiendo versos insignificantes?

Además, Repertorio no es tan sólo una publicación literaria. Lejos de eso. Está atenta a todo lo que ocurre. Durante años y años libra campañas encendidas contra los grandes enemigos de la América Latina y de la humanidad: contra el imperialismo y sus tropelías, sobre todo en el Caribe, contra el nacistismo, contra el franquismo, contra la guerra y las satrapías criollas. Cada embestida contra un tiranuelo da por resultado que Repertorio deja de circular en ese país, él pierde sus suscriptores y la vida se le vuelve más dura... pero más hermosa.

A falta de grandes editoria-

les, de máquinas modernas, sólo un alma inflexible en pos de la verdad, una tenacidad irreductible, una prédica incansante.

Es un apóstol sin arrebatos, posturas ni afeites. Su modestia llega a límites increíbles. Hace algunos años me encomendó Neruda escribirle pidiéndole su autorización para proponerlo como candidato al Premio Stalin de la Paz. Nos contestó "mil gracias pero cómo se les ocurre. Yo les ayudo igual así desde mi rincón. Mejor dénselo a Baldomero".

Poco antes de fallecer, exactamente una semana antes, se presentó al Congreso Nacional de Costa Rica un proyecto de ley para declararlo Benemérito de la Patria. Es un título que sólo se

Consejo Nacional de Producción

COLABORACION Y APOYO:

al Ganadero, al Agricultor, al Granjero, a la Ama de Casa...!

Un alimento Básico en la Dieta de sus animales

AFRECHO de TRIGO DE PRIMERA CLASE

Precios: Al por Mayor
 ₡ 20.00
 Sin Saco



PUESTO EN CUALQUIER LUGAR DE LA MESA CENTRAL HASTA NARANJO POR EL OESTE

UN SOLO QUINTAL: ₡ 21.50

AL DETALLE: ₡ 0,25 LA LIBRA

A LA VENTA EN TODOS LOS EXPENDIOS Y ALMACENES DEL CONSEJO

— Para informes a SECCION de DISTRIBUCION por el Teléfono 6033 o al Apartado 2205 —

La Flor del Olivar

Por Carmen Lira

En un país muy lejos de aquí, había una vez un rey ciego que tenía tres hijos. Lo habían visto los médicos de todo el mundo, pero ninguno pudo devolverle la vista.

Un día pidió que lo sentaran a la puerta de su palacio a que le diera el sol. El sintió que pasaba un hombre apoyado en un bordón, quien se detuvo y le dijo:

—Señor rey, si Ud. quiere curarse, lávese los ojos con el agua en donde se haya puesto la Flor del Olivar.

El rey quiso pedirle explicaciones, pero el hombre se alejó, y cuando acudieron los criados a las voces de su amo y buscaron, no había nadie en la calle y en las vecindades.

El rey repitió a sus hijos la receta, y ofreció que su corona sería de aquel que le trajera la Flor del Olivar. El mayor dijo que a él le correspondía partir primero. Buscó el mejor caballo del palacio, hizo que le prepararan bastimento para un mes y partió con los bolsillos llenos de dinero.

Anda y anda hasta que lle-

gó a un río. A la orilla había una mujer lavando, que parecía una pordiosera y cerca de ella, un chiquito, flaquito como un pijije y que lloraba que daba compasión oírlo. La mujer dijo al príncipe: —Señor, por amor de Dios deme algo de lo que lleva en sus alforjas; mi hijo está llorando de necesidad.

—¡Que coma rayos, que coma centellas ese lloretas! Todo lo que va en las alforjas es para mí. —Y continuó su camino. Pero nadie le dio razón de la Flor del Olivar. Se devolvió y en una villa que había antes de llegar a la ciudad de su padre, se metió en una casa de juego y allí jugó hasta los calzones.

Al ver que pasaban los días y no regresaba el príncipe, partió el hijo segundo, bien provisto de todo. Le ocurrió lo que al hermano: vio la mujer lavando, con un niño esmorecido a su lado; le pidió de comer, y éste que era tan mal corazón como el otro, le respondió: —¡Que coma rayos, que coma centellas! Yo no ando alimentando hambrientos. —Tuvo que devolverse porque en ninguna parte le daban no-

judicó cuando aún nadie suponía que su fin estaba tan próximo y la noticia puede haber herido su corazón cansado.

Llegó así el final. La víspera de su muerte llamó a un amigo y le pidió: "nada de flores, discursos ni ceremonias en mi muerte. Que sea sencilla como ha sido mi vida sencilla... verdad?"

ticias de la Flor del Olivar. Se encontró con su hermano que lo entorotó a que se quedara jugando su dinero.

Por fin, el último hijo del rey, que era casi un niño, salió a buscar la Flor del Olivar. Tomó el mismo camino que sus hermanos y al llegar al río encontró a la mujer que lavaba y el niño que lloraba.

Preguntó por qué lloraba el muchachito y la mujer le contestó que de hambre. Entonces el príncipe bajó de su caballo y buscó de lo mejor que había en sus alforjas y se lo dio a la pordiosera. En su tacita de plata vació la leche que traía en una botella, con sus propias manos desmigó uno de los panes que su madre la reina había amasado, puso al niño en su regazo y le dio con mucho cariño las sopas preparadas; luego lo durmió, lo envolvió en su capa y lo acostó bajo un árbol.

No me toques, pastorcito,
ni me dejes de tocar;
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

El pastor fue a enseñar la flauta maravillosa y los que

Hoy está solo, aunque esté en el corazón de todos nosotros, está solo. Sus manos buscan a tientas, vencidas por la fuerza de la costumbre de medio siglo, las tijeras, el frasco de goma, el cordel para hacer los paquetes.

Le preocupa que aquellos poemas que le envió una muchacha colombiana no alcanzaron a salir publicados, que-

La mujer, que no era otra que la Virgen, le preguntó en qué andenes andaba, y él le contó el motivo de su viaje.

—Si no es más que eso, no tiene Ud. que dar otro paso —le dijo la Virgen—. Levante esa piedra que está al lado de mi hijito, y ahí hallará la Flor del Olivar.

Así lo hizo el príncipe y en una cuevita que había bajo la piedra, estaba la Flor del Olivar, que parecía una estrella. La cortó, besó al niño, se despidió de la mujer, montó a caballo y partió.

Al pasar por donde estaban sus hermanos, les enseñó la Flor. Ellos le llamaron y le recibieron con mucha labia. Lo convidaron a comer y mientras fue a desensillar el caballo, ellos se aconsejaron. En la comida le hicieron beber tanto vino que se embriagó.

Cuando estuvo dormido, se lo llevaron al campo, lo mataron, le quitaron la Flor y lo enterraron. Sin querer le dejaron los dedos de la mano derecha fuera de la tierra.

Los príncipes volvieron donde su padre con la Flor, que fue puesta en agua en la que se lavó el rey sus ojos, que al punto vieron. Entonces dijo a sus hijos que al morir, su inmenso reino se dividiría en dos y así ambos serían reyes.

Entre tanto, los dedos del cadáver retoñaron y nació allí un macizo de cañas. Un día pasó un pastor y cortó una caña e hizo una flauta. Al soplar en ella se quedó sorprendido al oír cantar así:

la oyeron le aconsejaron que se fuera a la ciudad y que

daron sin corregir en la imprenta.

Pero pronto lo visitarán sus amigos, a quienes tanto admiró y divulgó: Martí, Sarmiento, Bello, Hostos, Whitman, Masferrer, Varona, don Baldomero Sanín Cano, la Mistral, Montalvo...

¡Y con ellos ha de tener tanto de qué hablar!

ha otorgado a expresidentes y, póstumo al sabio Clodomiro Picado. En el Congreso el proyecto fue aprobado con 38 votos a favor y 7 en contra, el de un pequeño grupillo oscurantista que lo impugnó por sus ideas políticas. Pobres gentes ciegas que parpadean legañosas, ante la luz. Pobres infelices, excepciones deshonorosas de la Patria.

El Benemeritazgo se le ad-

DOS CUENTOS DE OSCAR BAKIT

Misión Cumplida

La rebelión de las masas es peligrosísima. Hasta un escritor cordobés o gallego escribió un libro con ese título (posiblemente era comunista). Romualdo y Lupita (18 y 17 años respectivamente) lo sabían muy bien porque, a pesar de ser novios nada más, eran también panaderos. Ese día tuvieron la gran oportunidad. A las cinco de la tarde. (En punto... por supuesto). Como los dos eran simplemente ayudantes de panadería sufrían un terrible complejo de inferioridad ante los queques Moka. Lo cual no tiene que ver con el cuento pero es necesario apuntarlo para hacer el "cuadro psicológico". Salieron todos juntos, Romy, Lupe y las cinco campanadas: todos en orden. Y —claro está— enrumbando por aquella callejuela solitaria, a pesar de las celosías de todas las ventanas y de más de una rendija,

primero se tomaron de la mano. Después... se despidieron de las horas que se fueron sin ruido y alguien dijo: ¡Cómo pasa el tiempo!! (Como se viene la muerte... tan callando).

No había para qué hablar. Las manos lo decían todo (en verdad de verdad que todos los enamorados son quírománticos). La primer celosía tembló (era una celosía romántica). La de enfrente suspiró (era imaginativa). Tres de a la par dejaron de serlo (una celosía imprudentemente fisgona se traiciona a sí misma). Y así por el estilo: toda la callejuela solitaria murmuraba al paso de la parejilla. De repente ocurrió lo que todo el mundo esperaba. Romualdo y Lupita se detuvieron en el centro de la soledad, equidistante de los faroles esquineros. "El beso", "El beso", gritaban las piedras, las paredes, el quicio, y las celo-

sías. Pero no hubo beso. Se habían detenido a verse los ojos como muestra de que no sólo eran un par de manos. (La vida tras las celosías vibró).

A la vuelta de esa cuadra, hay un puesto de cigarrillos. Y —mucho más largo— la otra panadería: la competen-

cia. Romualdo y Lupita lo sabían muy bien y no pasaban por ahí. Además, ese edificio era moderno: no tenía celosías. No tenía secretos: era un edificio aburrido. Y la misión de nuestra pareja de la mano era muy otra. Habría que volver a citar la rebelión de las masas. Pero no. Basta con decir que al terminar la callejuela, los novios se separaron hacia sus escuelas nocturnas respectivas. Las celosías se quietaron. El silencio —gentilmente retirado al techo de las casas— volvió a bajar hasta el suelo. Le costó mucho porque ya es viejo... pero es su oficio. Y se quedó en la calle. Pero la rebelión de las masas siguió más allá de las celosías. Porque se había cumplido la misión de Romualdo y Lupita.

CUENTO MACABRO

Para desgracia de Rafael de Olimpia, el destino le ha-

CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA

Directora-Editora

Chimalpopoca 34

allí todo el mundo pagaría por oírlo. Así lo hizo y a los pocos días no se quedaba en la ciudad quien no anduviera en busca del pastor dueño de aquel instrumento maravilloso.

Llegó la noticia a oídos del rey, y éste hizo llevar al pa-

lacio al pastorcito. Al oír la flauta, recordó la voz de su hijo menor a quien tanto amaba y del que nunca había vuelto a saber nada. Pidió al pastor la flauta y se puso a tocarla y con gran admiración de todos, la flauta cantó así:

No me toques, padre mío
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

El rey se puso a llorar. Acudieron la reina y los príncipes.

No me toques, madre mía
ni me dejes de tocar,

El rey pidió a la reina que tocara la flauta, que entonces dijo:

que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

El rey quiso que su hijo segundo tocara. Todos vieron que los príncipes estaban pálidos y con las piernas en un tem-

blor. El príncipe trató de negarse, pero el rey lo amenazó. La flauta cantó:

No me toques, hermano mío
ni me dejes de tocar,
que aunque tu no me mataste
me ayudaste a enterrar.

El príncipe mayor, por orden de su padre tuvo que to-

car la flauta:

No me toques, perro ingrato,
ni me dejes de tocar
que tú fuiste el que me mataste
por la Flor del Olivar.

El pobre rey mandó a meter a sus hijos en un calabozo

y él y la reina se quedaron inconsolables por toda la vida.

bía concedido una apariencia de todo punto extraña y un apellido (herencia de su madre) desacostumbrado en la magna capital de Costa Rica. Rubio a todo meter, con un peinado interestelar que le enviaba hacia al espacio la cola del cohete, piel de africano negro (sepa el lector que hay africanos que, sin ser albinos, son blancos), ojos entre azules y verdes con destellos amarillos puros, amplia sonrisa entre hipopótamo y caimán pero sin ninguna ideología y —para terminar este cuadro extraterreno— una sola calza dental (una sola que le iba de lado a lado de la boca, en oro de 11¼ kilates, de procedencia ignorada).

No quiero entrar a describir las costumbres de Rafael en materia de vestimenta: no existía patrón alguno, reglamento ni ley estética que lo guiara en la combinación de colores, formas y modas. Lo único permanente en él era la manía de no usar calcetines, diz que dicen para lucir las largas vellocidades de muy macho que adornaban sus largas piernas.

No obstante todo lo anterior, su comportamiento era perfectamente normal: dormía de noche en la misma cama, comía la mayoría de las veces sentado, contestaba los saludos dejando de sonreír y conversaba de fútbol, cohetaría rusa, numismática y heráldica. Lo único misterioso era su modus operandi: nadie supo nunca de dónde sacaba el dinero para pagar religiosamente las cuentas de su cuartillo en el hotel Vega.

¡BASTA! No me queda más que contar lo que pasó, que fue tan extraño como su personaje central, don Rafael de Olimpia.

Era de noche. Casi melancólico volvía nuestro amigo a su hotel, tan ensimismado que ni siquiera notó una mesa adornada con siete ojos coincidentes en cuatro caras patibularias que lo enfrentaban y —al parecer—pretendían hipnotizarlo. (Se recomienda al lector leer la interesante obra de Maxwell & Maxwell titulada: "Hipnotismo, Radiestesia y Abdul Baha"). Pasó don

Rafael mirando el suelo... sonreía (como siempre). Como en los partidos de tennis, las cuatro caras viraron siguiendo a De Olimpia. Algo iba a ocurrir! Aquella actitud de los cuatro presagiaba muchos males (de 20 a 25, más o menos) para el inocente don Rafael.

Hablé el tuerto:

TUERTO: Creo firmemente en la inmortalidad del alma.

(Temblaron los vidrios y parpadeó la luz).

PATIBULARIO N° 2: en la Tierra están el Cielo y el Infierno.

(El último celaje, que parecía una cimitarra, se tiñó de rojo).

PATIBULARIO N° 3° Sic transit gloria mundi.
(No pasó nada).

PATIBULARIO N° 4: Sic semper tiranis.

(No era dominicano).

TUERTO: Habeas Corpus.

(Ingirió de un solo trago un contrabando de whisky Tres Cepas).

Sigilosamente se levantaron los cuatro y tomaron la escalera; subieron quedamente; se devolvió el N° 3, recogió los cigarrillos olvidados, volvió a subir, siguieron los cuatro otra vez juntos y cada uno se fue a un lugar prefijado posiblemente, porque no volvieron a hablar.

De Olimpia durmió mal aquella noche. Tuvo sueños de pesadilla. Sintió que lo rondaban gentes extrañas. Que medio lo miraban (con seguridad era el tuerto). Sin embargo, logró amanecer en la cama y durmiendo. Era un 27 de abril, de grata memoria para los paraguayos. (El 14 de julio los franceses tomaron La Bastilla).

Rafael de Olimpia abrió un hojo con "h". A la media hora le quitó la "h" y quedó con los dos ojos abiertos. Se convenció de estar despierto. Ob-

servó la pared de hormigón armado del hotelillo y se volvió a dormir, para soñar con un tremendo y horroroso hormigón armado que lo perseguía.

Simultáneamente, los cuatro patibularios se despertaban por turno. Primero se despertó el tuerto (tenía que abrir sólo un miserable ojo). Después preguntaron por la numeración que les di en este cuento y se fueron despertando

do al revés, solo por llevarme la contraria.

Comenzó un nuevo día.

Y todo pasó igual al día anterior. De Olimpia se ensimismó. Los cuatro foragidos desayunaron, pagaron cuidadosamente la cuenta del hotel. Se despidieron y se fueron de ahí.

Rafael de Olimpia siguió siendo un misterio para el dueño del hotel.

Hasta la fecha.



El Palmitero

De el libro "El Jaúl"

Por Max Jiménez

Enhiestas, de tronco delgado, con su plumón verde, a manera de penacho sobre el casco de los robles y los cedros.

La tala de montaña, en algunas ocasiones ha respetado los palmitos, y sobre los picos de los montes, cuando la neblina se sopla, con gesto de revivirle la vista a un ciego, la palma del palmito cobra todo el sentido de juntarse con Dios, y de mezclarse con las fantasmagorías de las nubes, nacaradas de la muerte del sol.

La neblina de nuevo invade el paisaje, y el palmito se arropa en su eterna compañera.

Esas palmas son las que persigue el palmitero, solamente para lograr su cogollo.

Hay que ver el alarido, al desgarrar de cada palmera de esas, al caer en la montaña sobre sus hermanos de toda una vida. Hay que ver cómo se hunde en la tierra húmeda cada palma víctima, tal vez buscando sepultura, honorable sepultura en la tierra negra que amablemente le ha dado su alimento año tras año.

Es profunda, es de azul negro, es voz desgarradora, de tronco astillado en dolor, la caída de una agilísima palmera que se sale sobre todos sus compañeros a tomar la neblina, la lluvia y el sol.

El palmitero comienza su carrera, cargándose al costal unos diez palmitos, medio metro de la única parte blanda de la palma. Aquella carga fajada a la cabeza, el pantalón arrollado para que el ba-

rrero no le aumente el peso, viene a una venta raquísima, para las gentes de paladar delicado, venta que se aumenta en la cuaresma, carne de palmas, que ha de sustituir entre los fieles, la de las bestias. El palmitero en algunas ocasiones mejora su negocio, y una yegua aumenta el atavío. La yegua es de cara lánguida, y gesto de cabeza baja, que mete entre las piernas con movimiento de péndulo, de subir y bajar cuestas, y patas traseras arqueadas, de sostenerse en las maneas y resbaladeros de los barros de los caminillos.

Peje no era un palmitero por convicción, ni amor a las crueles marchas, muchas veces contó él la causa por la cual era palmitero. Se cuentan las cosas repetidas veces, a gentes aún sin contacto sobre lo que nos acontece, probablemente para descargar en otros, las ideas que nos aplastan, como buscando un caminante más fuerte que nos ayude a llevar la carga.

El Peje, en una ocasión venía del monte, de dejar unas vacas, de un patrón de lechería, él estaba joven y el camino era muy largo. Ya de vuelta, cuando el sol se mezquinaba, bajo una lluvia torrencial, se encontró un compañero también a caballo, que andaba desordenadamente, como si el caballo estuviera sin guía. La noche se fue hundiendo dentro de sí misma, y Peje habló al indistinto viajero:

—Eh amigo, cómo se ha pasado de guaro; el compañero no contestó. Bueno, pues, si no le da la gana no hable, pero por lo menos tome las riendas.

Peje le cogió las manos, y oh pavor! las manos eran de muerto, se le aguzó la vista como sucede con el miedo, y vio claro, muy claro, el cadáver de un hombre; venía amarrado a la montura, los ojos entreabiertos a la muerte, Peje vio la muerte, mucho más muerte en las sombras oscuras, cuando los árboles en el camino se tocan por sus ramos, cuando no llueve porque el cielo está llorando.

Peje espoleó su caballo, pero el otro lo seguía. De nada valió ya en el pueblo, cuando Peje ya era otro hombre, que le dijeran que se sosegara, q' era un hombre que se había muerto en el monte y que como no tenían como traerlo lo habían amarrado a la yegua y que los acompañantes se habían quedado en una taquilla bebiendo guaro, y que como el caballo conocía el camino siguió su paso.

Todo inútil, en Peje se había grabado profundamente aquella yegua de la muerte, no dormía y se le saltaron los ojos como sucede exactamente con las gentes que ven cosas que no ven los otros. ¡Allí, allí, allí está! y los otros no veían nada.

Contrajo el hábito de huir, de mudarse de lugar, y ningún oficio como el del palmitero, andar y andar...

A veces se llevaban a la familia, improvisaba ranchos en el monte, y por meses no se volvía a saber de Peje, hasta que el recuerdo los azuzaba de nuevo, y emprendía el camino de vuelta.

Vendía su carga de palmitos, se compraba víveres, y otra vez se internaba en la montaña como quien mete su

alma en un túnel en busca del olvido.

Peje no era ladrón por naturaleza, se había acostumbrado a tomar las cosas dentro de la libertad de las soledades de la montaña. Antes de hacer aquel viaje con el muerto no robaba con la sinceridad que el pez abre la boca para tomar su alimento. Antes él era Ezequiel, hijo de ñor Santiago. De nada le valió el poder casi divino de su tata, que le decía con todo el empeño paternal:

—No huyas si vos no has hecho nada malo, lo del muerto ya pasó, yo soy tu tata y si te digo que no veo nada es porque no veo nada.

—No me diga, tata, más me dice y más veo el muerto a caballo, esos carajos del pueblo empiezan a preguntarme que si todavía lo veo, y más lo veo, hasta que tengo que salir de huida.

Peje de ojos saltones, barbado y cada día más flaco, no inquietaba en sus pérdidas, porque ñor Santiago decía:

—Ese es como perro de pobre, se pierde, pero vuelve cuando se le olvida la garrotiada.

Peje cada vez alargaba más sus estancias en la montaña, el mecatillo de la cintura ya le daba dos vueltas de aguantar hambre. Se hospeda en ranchos de palmiteros, junto a la malla del monte, palmiteros que nunca se supo cuándo habían desaparecido, desbarancados con un terraplén de tierra, yegua y palmitero iban a parar a las profundidades del riachuelo.

Peje, cada vez se integraba más al perpetuo caer de la lluvia, al barro, con los ojos ya como anillos asombrados, con las barbas de los predicadores, comiendo corazón de palmas y bebiendo el llanto de los peñones de un solo ojo.

Peje no murió, ñor Santiago, el tata, lo esperaba siempre, Peje fue desapareciendo dentro de los brazos del monte. Como el rastro del vuelo de las pajuilas azules...

MAÑANA DEL VIERNES SANTO

Corrían las once de la mañana del Viernes Santo. Un

Pasa a la Página 16

Poema a un río

Por ALFREDO CARDONA PEÑA

DONDE naces no saben las riberas
ni las compactas, verdes muchedumbres
que viven de tu ser, pero tú sabes
la muerte y nacimiento de los días,
la madurez del pájaro y el reino
terminal del ocaso.
Sabio y sencillo eres, musical y pastor:
atraviesas la tierra como si algo
se te hubiera perdido,
las cuerdas tocas de la vida y pasas
con tus dulces ejércitos de sombra,
y a contemplarte llegan los caminos,
se hace a un lado la selva y te ovaciona
el delicado pueblo de las ramas.
¿Qué húmedo arcángel derramó en tu frente
su ágil victoria, su callado vuelo?
¿Con qué elegancia abrazas la montaña,
besas la luz, alfombras el silencio,
huyes dejando amores como aldeas!
Hacedor de crepúsculos, errante
pionero de compánulas, un día
regresé a tus castillos,
palpé tu manto de silvanos tibios,
me hundí en tus galerías de follaje.
"Padre—te dijo—envuélveme en origen,
limpia mi voluntad de toda escoria".
Era el cenit, y el sol labraba en agua
un pintoresco sáquito de espuma.
En la inmersión de lo poderoso que nos tuvo,
y en el contacto con las bolsas
donde gimen edades,
duerme la salvación de lo terrestre.
Sigues pasando y pasas, monstruo de oro,
como una expedición de azules glorias,
mas lo efímero tuyo permanece
y a los seres del mundo, plumas, aves,
relucientes criaturas de embeleso,
niños y recentales, armonías
de mujeres lavando, vas uniendo
a tu convoy de espíritus agrestes,
y en tu trono de jefe guiando tribus
llegan las dulces vacas a bañarse,
y en tu espalda se enredan los celajes
como el musgo en el asta de los ciervos.
Por eso, ácadé pluvio, yo te miro
como una inmensa copa derramada
sobre la piel, el tiempo, las infancias,
porque adornas la fábula del día
y apacientas la historia,
que en donde tú acaricias vuelve a crecer la hierba,
es la tierra más joven y el hombre más profundo.
Profundo, y aquí viene la noche que te envuelve
bajo el luciente imperio, cuando avanzas
lamiendo la tiniebla
como una lengua de leopardo herido.
Caen sobre tus sienes las estrellas,
dragón con rosas, toro perfumado,
y de la margen fluyen los susurros
diminutos del viento, brillan puntos,
danza el instinto con sus mil enjambres,
y tú en el centro como un rey oscuro
pasas pisando aromas y luceros

como un fakir sobre carbones vivos,
como una gran pagoda que rodara,
como una procesión de rumores rezando.
Pronto vuelves a ser lecho de aurora,
vena de mar, sepulcro de Narciso;
huye el espectro y torna la paloma,
y así renaces a la forma, río,
límite de diamante, oh simetría.

Cuando escuchaste mi Canción Perpetua

Cuando escuchaste mi canción perpetua,
cuando escuché mis frases
brofando del olvido de las blancas
cerradas hojas de un cuaderno viejo,
un fantasma en el centro del camino
me miró tristemente, largamente,
tendió los brazos, se juntó a mi vida,
caminó con el eco de mis pasos,
y se perdió en mi noche.

ROBERTO FERNANDEZ DURAN

Aroma Virginal

Fresca de agua de fuente recatada,
ante el plateado espejo veneciano
repartes en porciones delicadas
tu primorosa cabellera. En vano

delirio el sol en tu jardín jadea,
dragón dorado cuya escama ardiente
bajo el profundo azul relampaguea
realzando el arco de tu insigne frente.

De espaldas al jardín, te da el espejo
la luz más pura en matinal reflejo,
mientras perfumas íntimos encantos.

Y la brisa empapada con tu aroma
va entre los mirtos y los amarantos
anunciando tu idilio de paloma.

ADRIANO DORIA

Scherzo para un Elfo

Por LUIS CERNUDA

Delicada criatura:
No deseo a mi voz
Que turbe el embeleso
Amarillo del bosque.
Tu elemento nativo,
Por los troncos oscuros
Sustentado hasta el cielo.

Yo quisiera, por este
Atardecer traslúcido,
Denso tal un racimo,
Trazarte huella o forma,
Pulsando ramas, hojas,
Tú con el viento en duda.

Difuso aroma, vagas
Con paso gris de sueño,
Te pierdes en la niebla
Que exhala del estanque,
Pensamiento gracioso
De un dios enamorado.

Inspiras todo el aire.
Bajo tu magia abre,
Como una flor, tan libre,
El deseo del hombre
Con un alto reposo
Que alivia de la vida.

Siempre incierta, tal eco
De algún labio, a lo lejos,
Entre aliso y aliso
De nórdica blancura,
Vibra tu esbelta música
Y en un fuego suspira.

¿Acaso el amor pesa
A tu cuerpo invisible,
Y sus burlas oscuras
Sobre el mundo recuerdan
En tí, anhelo eterno,
A nosotros efímero?

Sonríe, dime, canta,
Si eres tú ese arrebató
Que lleva hojas ardientes,
Dejos de tu guirnalda,
Con pasión insaciable
A realizarse en muerte.

¿Mueres tú también, mueres
Como lo hermoso humano,
Hijo sutil del bosque?

Te quietas por el musgo,
Callas entre la niebla,
Alguna nube esculpe,
Iris de leve nácar,
Tu hastío de los días.

Aún ereo ver sus ojos,
Su malicia serena,
Tras las desnudas cimas,
Por el aire, profundo
Y ya frío, con la noche
Que imperiosa se alza.

Lucero del Alba

Por ADOLFO ORTEGA DIAZ

El baile en todo el triunfo de su esplendor. Tu seno
arrulla en el escote, torcaz nívea y feliz.
Y tu contorno heleno, de alta majestad pleno,
me hace soñar que danzo con diva emperatriz.

A mí abrazada giras por el ámbito ameno
y vuelves la mirada negra y dominatriz,
en donde las pupilas de hondo fulgor sereno
son como dos diamantes vistos por el rondiz.

La noche vuela en alas de la ilusión. La aurora
muéstrase en el vislumbre que los jardines dora
y Venus brilla única, tu fiel reflejo. Salva.

de clarines policromos son los gallos.

—¡Adiós!

Cuando llego a mi alcoba, álzome y digo a Dios:
—¡Eres: tuve en mis brazos el Lucero del Alba.

Viene de la página 13

Viernes Santo infantil. La lluvia había suspendido su costumbre. Hizo un alto para que el juicio de Nuestro Señor se efectuara con su completa pompa y tristeza.

Las matracas en el atrio, con su martilleo de madera, y el incienso que salía de las naves con el murmullo de las oraciones, anunciaban la salida de la procesión.

Los hombres esperaban en la pulperia de la esquina para reunirse al cortejo. Allí estaba el tata del Chunguero, ñor Sebastián, una reencarnación de Don Quijote, blanco, de ojos azules.

La procesión se acompasó con las matracas, las oraciones y el humo. Los santos en sus andas se balanceaban blandamente. La Verónica y la Magdalena contraían el ceño. El viento ondulaba los árboles de la plazoleta. Unos hombres, los centuriones, con escopetas herrumbradas y con unas cuerdas que partían de la cintura de Jesús, ponían caras feroces.

Ñor Santiago llamó a su hijo:

—Chunguero, ¿no ves eso?

—Sí, tata. (Bien se entendían).

—Búscate a los otros.
Y se tomaron un guaro.

El Chunguero llamó a sus hermanos. Eran seis. Seis borrachos.

Al pasar la procesión frente a la pulperia, ñor Santiago, con gesto firme, bajo, dijo:

—Dejen a Jesús. Nada les ha hecho.

Uno de sus amigos que seguían la procesión agregó:

—No jodás. Deja la procesión quedita. No ves que ese Jesús es de palo.

—Que dejen a Jesús. Vos sos el que estás jodiendo... Y de una terrible trocopada de-

rribó al amigo.

El santo sacerdote, que frecuentemente tenía que hacer de bravo, gritó con un acento español.

—No se apendejen—, y levantándose la sotana y los atavíos, agregó: Yo también tengo pantalones. Vean, cobardes... Y le metió al primer hijo de ñor Santiago.

El perdiguero que vio aque-

llo, le rajó la cabeza a uno con el guión.

La Magdalena fue a dar contra un barril y gritaba por no poder soltarse de un palo al cual la habían amarrado para que no se cayera. Y hasta hubo quien conservara la serenidad y lograra ver partes pecaminosas en aquella humilde servidora del señor volcado.

La cabeza de San Juan ro-

dó por la zanja y parecía destilar nuevos lagrimones.

San Pedro perdió las llaves y, al rompersele la túnica, se vio que le faltaba el cuerpo.

Al ruido de los golpes y las voces del sacerdote que se vio obligado a invocar a Satanás, llegó la policía del pueblo, amparada por los refuerzos que en tales ocasiones eran costumbre enviar de la ciudad, porque en San Luis de los Jaules la Semana Santa siempre era peligrosa.

La policía sacó las crucetas y a cincha, —la cruceta empleada de plano— logró meter en un cuarto que llamaban cárcel a ñor Santiago con sus críos.

Y un hijo:

—Ves, tata. Siempre salimos mal. Siempre nos zampán en la chirona.

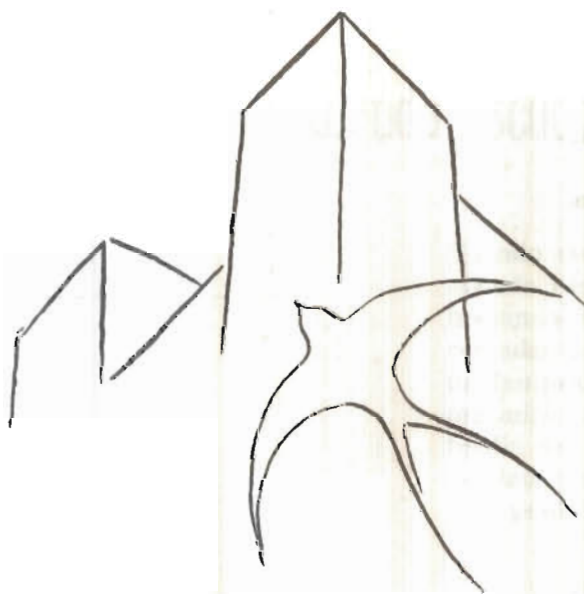
—Sí, pero Dios nos lo tiene en cuenta.

Las nubes empezaron a formar sus cúmulos. El sol cerró el ojo. El tiempo tornó a su gris.

Costó gran trabajo restablecer las imágenes para la procesión de la tarde, la de las tres, la hora de la muerte. San Pedro tuvo que salir sin una mano y la Magdalena con un cardenal en la frente. El pueblo creía que aquello era un castigo merecido, por que la verdad era que aquella Magdalena, por sus costumbres, encarnaba demasiado bien a la Magdalena.

El cielo no pudo contenerse más y soltó el lianto. La procesión del Santo Muerto perdió el ritmo y lo adquirió de barro: un chapaleo de plantas de pies. Huellas que se cerraban inmediatamente, hundiéndose en la tierra la oración.

En la mañana siguiente, cuando fueron a abrirles a ñor Santiago y a sus hijos para que rindieran sus declaraciones ante la autoridad, desde luego ya no estaban en la celda.



Lea Ud. BRECHIA

Discurso preliminar de D'Alembert

Por Francisco Leitón Granados

Para D'Alembert, y he aquí su propia expresión, la Enciclopedia tiene doble objeto: en cuanto a "Enciclopedia, debe exponer, en lo posible, el orden y la correlación de los conocimientos humanos; como Diccionario razonado... etc., debe contener sobre cada ciencia y sobre cada arte, ya sea liberal, ya mecánica, los principios generales en que se basa y los detalles más esenciales que constituyen el cuerpo y la sustancia de la misma".

Este es el móvil de la Enciclopedia y presupone, por lo tanto, que el enciclopedista lo que pretende es exponer, en cuanto a Enciclopedia se refiere, "la genealogía de las distintas ramas del saber" y, en cuanto a Diccionario razonado, "una especie de cuadro histórico de la evolución de los conocimientos desde el Renacimiento".

Con estos antecedentes entraremos ahora a esbozar someramente, a manera de ensayo, el Discurso Preliminar.

D'Alembert dice que las ciencias y las artes se ayudan mutuamente. Para justificar este su criterio comienza por examinar el origen y filiación, causas y caracteres de los conocimientos, los cuales divide en directos y reflexivos. Los primeros son recibidos involuntariamente; se adquieren a través de los sentidos. De aquí deduce el autor "que todas nuestras ideas las debemos a nuestras sensaciones".

El conocimiento reflexivo es el que adquiere el entendimiento mediante la unión y combinación que se opera con

los conocimientos directos.

Las sensaciones —continúa diciendo D'Alembert— lo primero que nos enseñan es nuestra existencia, luego la existencia de los objetos externos, incluyendo nuestro propio cuerpo. Para preservar a éste del dolor y de la destrucción examinamos los objetos exteriores que pueden sernos útiles o nocivos, mediante dos métodos: por nuestros descubrimientos particulares y por los de los demás hombres. "De aquí han debido nacer, en primer lugar, la agricultura, la medicina, y, finalmente, todas las artes más absolutamente necesarias".

"Por la idea adquirida de lo justo y de lo injusto, y en consecuencia, de la naturaleza moral de las acciones, llegamos naturalmente a examinar cuál es en nosotros el principio que actúa, o, lo que es lo mismo, la sustancia que quiere y que concibe...".

Con estas digresiones D'Alembert llega a la conclusión de que "existe un Ser Superior, Omnipotente", al que debemos lo que somos y que exige, por consiguiente, nuestro culto. El reconocimiento de su existencia no requiere otra cosa que nuestro sentimiento interior, aún cuando se uniera a él el testimonio universal de los demás hombres.

Así, pues, el vicio, la virtud, el principio de la necesidad de las leyes, la espiritualidad del alma, la existencia de Dios y nuestros deberes hacia Él, "son fruto de las primeras ideas reflejas que nuestras

sensaciones ocasionan".

De la observación de la naturaleza se llega a la conclusión de dos clases de extensión: la una impenetrable; la otra que constituye el lugar de los cuerpos. La impenetrabilidad es relativa y su idea se aprecia examinando dos cuerpos juntos, y así se considera independiente —la impenetrabilidad— de la extensión y ambas perfectamente separadas.

La geometría tiene por objeto considerar las propiedades de la extensión, primeramente en forma limitada por una sola extensión, luego por dos y finalmente por tres dimensiones "que son la esencia del cuerpo inteligible, o sea de una parte del espacio terminada en todos sentidos por límites intelectuales".

El examen de esta extensión conduce a la Aritmética o ciencia de los números y como ciertos principios se pueden universalizar se llega así al Álgebra que es el fundamento de todos los descubrimientos que se pueden hacer sobre la cantidad, es decir, sobre todo lo que es susceptible de aumento o disminución. "Esta ciencia es el punto más lejano a donde puede conducirnos la contemplación de las propiedades de la materia, y no podríamos llegar más lejos sin salir completamente del universo material".

El intelecto, pues, vuelve los pasos que lo condujeron a descomponer sus percepciones y las recompone, "formando nuevamente los seres reales que son el objeto inmediato y

directo de nuestras sensaciones". Así se les devuelve la impenetrabilidad que constituye el cuerpo físico, ya que los cuerpos no actúan "más que en tanto que son impenetrables. De aquí las leyes del equilibrio, del movimiento, que corresponden a la mecánica".

Ante esta diversidad de objetos que se estudian es preciso la existencia de una Religión—"destinada a servir de suplemento al conocimiento natural. Creer algunas verdades, cumplir algunos preceptos, a esto se reduce la Religión revelada".

Mas el hombre ha reducido a un Arte la manera de adquirir conocimientos y la de comunicarse recíprocamente sus pensamientos. A esta actividad la ha llamado Lógica. También el hombre reduce el uso de las palabras a preceptos. Ello ha dado origen a la Gramática, que es la fuente de la Cronología y de la Geografía: la primera sitúa al hombre en el tiempo; la segunda en el espacio.

La pintura y la Escultura encabezan los conocimientos imitativos; luego viene la Arquitectura, la Poesía y finalmente la Música.

Del Arte ha dicho el autor del Discurso Preliminar de la Enciclopedia que "es todo un sistema de conocimientos que se pueden reducir a reglas positivas, invariables e independientes del capricho o de la opinión".

Bellas Artes son las artes liberales reducidas a principios y que se proponen la imitación de la Naturaleza. Su principal objeto es el placer.

"El orden enciclopédico de nuestros conocimientos, consiste, pues, en reunirlos en el espacio más pequeño posible y en situar, por decirlo así, al filósofo por encima de ese vasto laberinto, en un punto de vista muy alto desde donde pueda examinar y dominar a la vez las ciencias y las artes principales".

La Historia, la Filosofía y las Bellas Artes forman las tres divisiones del "árbol" de D'Alembert. La primera es cosa de la memoria, la segun-

La Naturaleza, artista incomprendida

Por Alejandro Lasser

La Naturaleza es la más incomprendida de las artistas. Que no se quejen los hombres del menosprecio o de la indiferencia con que son acogidas sus obras, muy pobres ciertamente al lado de las otras, de las que debemos a la Naturaleza. El arte de ésta, como el de los humanos, puede o bien conquistarnos desde el primer momento, o bien permanecer cerrado mucho tiempo o toda la vida a nuestra inteligencia. Al hablar sobre hermetismo en el arte, la Naturaleza sería la más hermética de las artistas. El arte hermético, el arte de difícil acceso a nuestro entendimiento, no es privativo del hombre, del espíritu. Quizás suframos una ilusión cuando erigimos a la Naturaleza como modelo del arte claro y espontáneo en contraposición del que exige de nosotros grandes esfuerzos para gozarlo. Se opone erróneamente el arte concebido según la naturaleza al otro, al elaborado sabiamente por el intelecto, al cargado de misterios y de símbolos, y se dice: "He ahí un artista natural, un artista claro; he ahí, en cambio, otro difícil que anda muy alejado de la Naturaleza". Lo que ocurre es que pocas veces se repara en esta belleza difícil, en esta belleza hermética de la naturaleza porque nuestra atención se deja atraer por las otras obras de

aquella, por las de belleza fácilmente asequible. Y difiere el hermetismo de las obras humanas del de la Naturaleza en que el de las primeras deja de serlo al cabo de algún tiempo porque los investigadores y estudiosos se encargan de explicarla y aclararla, en tanto que el de la segunda es inexplicable y no se presta, por su esencia misma, a largos y pacientes estudios. Las obras de la Naturaleza, los seres vivos, tienen una existencia más o menos efímera que no permite contemplarlos mucho tiempo en tanto que las creaciones del hombre permanecen fijadas en la tela, en el papel o en la piedra, lo que facilita su examen y su disfrute a generaciones enteras. El arte del hombre fija lo mutable; recoge en una sola imagen imperecedera las mil transitoriedades que encontró a su paso, pero una criatura de la Naturaleza, una mujer, una flor o una aurora, encierran una belleza fugaz y cambiante que escapa sin cesar a nuestras miradas.

Así, la belleza de algunas mujeres, como la de ciertas obras maestras del arte, pasa inadvertida a los profanos. ¿Quién no ha vivido la experiencia alguna vez? ¿Quién no ha conocido una de esas mujeres a la que no se prestó atención al principio, a la que no hallamos entonces gracia a

medida que la tratábamos? Fue necesario que el tiempo y una visión continua nos pusieran en el camino de la verdad, en el camino de comprender una belleza humana que había sabido ocultarse tenazmente a nuestros ojos. Empezamos entonces a hacer descubrimientos en aquel rostro y en aquella figura, a reparar en la originalidad de unas facciones, en el ritmo de unos movimientos, en la finura de un gesto o de una expresión. Y no es sólo la nobleza y la originalidad de las facciones lo que insensiblemente nos va seduciendo sino también una luz singular que las ilumina, una gracia en que parecen siempre bañarse. Podríamos decir que el rasgo más característico de la belleza de estas mujeres es la originalidad que ellas expían con la incompreensión. Su fisonomía no es la fisonomía de las bellezas corrientes y un algo hondo y entrañable las distingue al punto de las otras. Como esas músicas de algunos grandes maestros, cuya primera audición nos dejó indiferentes o aburridos, pero que al ser escuchada varias veces empezó a apoderarse de nosotros, llegando en ocasiones a conmovernos a tal extremo que ya no podíamos apartarla de nuestra mente, así también la belleza de algunas mujeres o paisajes, a cuyo la-

do pasamos impasibles un día, acaba con el tiempo de subyugarnos.

Se dirá que lo que estoy diciendo no es otra cosa que enamoramiento, al menos en lo que se refiere a las mujeres; que en el párrafo que antecede lo que hice fue describir algunas de las manifestaciones propias de la pasión amorosa pues que el amor descubre belleza donde no la hay, pero semejante apreciación es apresurada y hasta frívola porque se puede descubrir la belleza de una mujer sin estar enamorado de ella.

Como en el anterior ejemplo de la música o como en el de un cuadro mejor, fue preciso que nuestros ojos se educaran para recibir la belleza que se escondía en aquella mujer o en aquel paisaje. A las más hondas verdades y a las más altas bellezas sólo llegamos por una especie de iniciación. Si se nos permitiera hacer clasificaciones en esta materia, con arreglo al grado de percepción de lo bello, diríamos que hay dos tipos de belleza femenina: uno común que todos captan y que correspondería al arte popular; y otro sutil que se revela a una minoría y que correspondería al arte culto o de élite. Las mujeres y los paisajes de belleza original son fácilmente desplazados por los de belleza común, por la que entiende y gusta todo el mundo.

También hemos hecho la experiencia contraria, la de la obra de arte, mujer o paisaje que nos cautivaron en un principio porque creíamos ver en ellos una belleza que en realidad no existía o que no era como nos la figurábamos, belleza o pseudo belleza que se fue desvaneciendo poco a poco, a medida que teníamos un trato más frecuente con ella mediante el cual nos fue posible descubrir defectos y de-

da fruto de la razón y la tercera que nace de la imaginación; luego viene un análisis de las subdivisiones de estas ramas del saber, análisis considerado en cuanto se refiere a materia y espíritu.

Arrancando del Renacimien-

to, la segunda parte del "Arbol" expone el orden histórico en que se han sucedido los conocimientos. Así, se citan entre otros autores a Malherbe y Ronsard, en poesía; a Bacon y a Descartes, en filosofía; luego a Newton, Locke,

Leibnitz. Estos grandes hombres —dice D'Alembert— "no cambiaron en vida la faz de las ciencias".

En otra parte del Discurso se trata del por qué de la adopción del orden alfabético e inclusive se hace una crítica

al Diccionario de Chambers; también se detalla, en forma explicativa, el sistema de los conocimientos humanos a manera de comparación con el sistema elaborado por el Canciller Bacon.

bilidades hasta entonces ocultos.

Lo que hemos dicho a propósito de las mujeres, es también aplicable a los paisajes y a los animales. Un rincón oculto del bosque, un sendero rústico, la pálida luz de un amanecer lluvioso, ante los que pasan indiferentes multitud de personas, pueden asirnos con más fuerza que la luminosa y concurrida avenida buscada por todos. Consideraciones parecidas podrían hacerse respecto a los animales.

La naturaleza, a diferencia de los seres humanos, ni se preocupa ni sufre por la incompreensión de que se la rodee. Tan indiferente es al aplauso como a la censura, a la admiración como a la indiferencia. Le da lo mismo producir una obra perfecta en un desierto o en una montaña virgen donde nunca ojos humanos podrán contemplarla, que en medio de la sociedad más culta y refinada. Ella ignora la vanidad. Crea solamente por el placer de crear, para gozarse en sus propias creaciones. Poseída por una eterna fiebre de creación, crea hasta la infinitud seres cada vez más bellos y perfectos, y destruye también hasta la infinitud lo que ya no sirve, lo débil, lo pesado y lo torpe, o lo que ya cumplió su misión o su fin. He ahí su más grande trabajo. Oleada tras oleada brotan de sus entrañas nuevas criaturas y por oleadas vuelven a su seno para eternamente renacer transformadas, mejoradas, purificadas. De ese gran laboratorio, de ese complejo taller de la Naturaleza, no salen perfectas las obras por la primera vez. Sería un error suponer que todo cuanto produce la naturaleza, por el solo hecho de venir de ella, es irreprochable y acabado. La actual perfección de los organismos se habría logrado gracias a incesantes rectificaciones de la forma primitiva. Ese rehacer y ensayar las cosas durante centenares de miles de años acabaron por fin en esas perfecciones que ahora admiramos. Pacientes e infinitos ensayos ha debido de hacer la naturaleza con cada forma viva, con cada criatura que respira para que se realizara armoniosamente, para q'

fuera al fin perfecta. Esa obra maestra que es el hombre, esa corona del mundo viviente, sería el resultado de experiencias, de tanteos, de búsquedas innumerables hechas por la naturaleza a través de milenios. Era necesario crear un ser, —el hombre—, que aunara la máxima ligereza con la máxima resistencia, capaz de adaptarse a todas las situaciones, capaz de los más altos vuelos y de las más profundas inmersiones, pero para construir semejante criatura había que aprovechar y re-

cordar las experiencias pasadas y vividas con otras especies. Todo lo que no responde al fin de la naturaleza, a ese ideal de resistencia y de ligereza, de flexibilidad y de fuerza, es destruido sin piedad. Todo lo torpe y lo pesado debe morir, tal parece ser una de las leyes implacables de la existencia. Por ser demasiado pesados y horribles, por su incapacidad para adaptarse a medios diversos y cambiantes, por su rigidez, desaparecieron las especies antediluvianas, un ensayo infortunado de la na-

turaleza. Del mismo modo que un artista elabora su obra a base principalmente de destrucción de lo que va haciendo, de supresión de lo superfluo y de lo débil, sometiendo la obra a un proceso de filtraciones sucesivas hasta obtener el producto puro que busca, la belleza pura, así también la Naturaleza ha suprimido muchas especies que no hacían falta ya o que no respondían al más hondo designio de ella, reteniendo lo mejor que había en esas formas condenadas para reproducirlo más adelan-

Cuidado con la GASOLINA!

Los vapores de la gasolina se concentran en lugares bajos y se extienden en forma considerable



Son inflamables aún a temperaturas muy bajas. -

CUIDADOS QUE USTED DEBE TENER:

VENTILE bien los lugares donde se use o se guarde gasolina. Vea que la ventilación sea constante.

Guarde gasolina únicamente en pequeñas cantidades. Use para ello un recipiente especial con tapa de seguridad.

No fume ni encienda un fósforo, ni provoque chispas cerca de la GASOLINA

SEGURIDAD ANTE TODO



Instituto Nacional de Seguros

DEPARTAMENTO DE PREVENCIÓN DE RIESGOS

Tendido en el escape volador

Por José Bergamín

Muchas veces al repetir el verso de las Coplas de Jorge Manrique: "Cualquiera tiempo pasado...", seguido del otro "fue mejor", nos preguntamos si la resonancia musical que tienen en nosotros estos versos responde exactamente a nuestro sentimiento —que por esa su perfecta expresión, se verifica—, o si, por el contrario, es la belleza y consonancia armoniosa, que en nosotros aviva y despierta esa expresión perfecta, la que determina nuestra conformidad sentimental con la afirmación del poeta: "Cualquiera tiempo pasado fue mejor". ¿Fue mejor?

No dice el poeta, aunque antes se haya referido a la preseteza con que se nos va el placer, que son esos tiempos placenteros los que, pasados, nos parecen mejores, sino muy expresamente nos afirma —después de señalar la fugitiva rapidez de lo placentero ("Cuán presto se va el placer") y su no menos presta y rápida sustitución por el dolor de recordarlo— "que cualquiera tiempo pasado", puesto que también el dolor pasa tan velozmente, "fue mejor". Afirma el poeta que este fue es un parecer nuestro, una forma o apariencia o figura de lo que

sentimos y del modo como lo sentimos: "cómo, a nuestro parecer, —cualquiera tiempo pasado— fue mejor". Toda la inmortal Elegía se halla traspasada de esta forma perecedera y parecedora, aparente, de lo que nos parece ser el tiempo como realidad pasajera, fugitiva. Nunca el tema esencial del "Tempus Fugit" se desarrolló con más hondo y delicado lirismo, con más pura y extraña musicalidad, como en los versos famosos de Jorge Manrique. Con razón vincula a ellos nuestro Antonio Machado su pensamiento de la naturaleza esencialmente temporal de la poesía. Este sentido, y también concepto de la temporalidad, huida, pasajera —irreversible, como el correr de las aguas por el cauce que ellas mismas se hacen con su paso— concepto heraclítico y sentido o sentimiento específicamente judío —más adelante místico-cristiano—, es el que recientemente incorpora a su propia especulación racional la nueva metafísica, extremando con él sus linderos hasta la frontera indivisible de lo poético. De nuevo, como en los albores del pensamiento griego, poesía y metafísica vuelven a entrelazar sus formas como una sola apariencia, sombra fugitiva

te en una nueva especie. Por eso el hombre es una síntesis del mundo viviente. Y no puede uno dejar de preguntarse si el designio de la Naturaleza es que su obra concluya en el hombre, detenerse aquí, o si es su propósito superarlo, seguir avanzando hacia un tipo superior que aparecería en cuanto las circunstancias fueran

más propicias. Se pregunta uno si esa artista eternamente insatisfecha que es la Naturaleza estará contenta con el hombre como producto estético y biológico, incluso ético, y si no estará ya preparando su destrucción de la que sólo un por un ser más bello y equilibrado, más digno de la vida que se le dio. El hombre ac-

del paso del tiempo para el hombre. Y después de Nietzsche y Kierkegaard, Unamuno, Bergson y Heidegger nos hablan un lenguaje metafísico impregnado de pura poesía. Lenguaje heraclítico, decíamos, y también paulino. Como si celajes crepusculares idénticos proyectasen su agónica elegía luminosa en distintos y los mismos cielos. La temporalidad se hace temática expresión fugada en el laberíntico arabesco de variantes del pensamiento actual del hombre. ¿Podríamos decir, que, por este motivo, nuestra época comporta consigo una nueva carga aparential de profundo romanticismo? ¿Y qué nuevo romanticismo sería éste?

El romanticismo de los románticos tuvo, en efecto, la raíz y entronque sustancial de su propio ser en ese sentido y concepto material del tiempo huídizo, pasajero. Los románticos tomaban al pie de la letra la afirmación de Jorge Manrique de que "cualquiera tiempo pasado fue mejor"; y, en prueba de ello, enmascaraban temporalmente lo pasajero envolviéndolo en ese sudario figurativo del pasado, de lo pasado.

Como si lo pasado por pa-

tual corre ciegamente a su destrucción de la que sólo un tremendo esfuerzo sería capaz de salvarlo. Y si la lección que sacamos de las especies primitivas, de los animales antediluvianos, es que se extinguieron por su incapacidad de adaptación, entonces el hombre contemporáneo correría un riesgo parecido porque cada

sado pudiese expresar con forma ficticia, con máscara de pasajero, lo permanente. No captaron los retóricos del romanticismo. Y por eso dejaba de ser románticos en lo fugitivo y pasajero de tal razón, haciéndola pasión del tiempo mismo, sino que, queriendo plasmarla en un empeño de permanencia, la paralizaron con esa máscara vacía, hueca, resonadora de la propia vanidad de su engaño. El romanticismo se disfrazaba de ese modo, históricamente, de romántico. Y por eso dejaba de serlo. Sería paradójica afirmación, muy verdadera por lo mismo, la de decir que los románticos se contradijeron y se desmintieron a sí mismos, por hacerse los clásicos del romanticismo; y que mataron su romanticismo de esa manera.

Recuerdo, sin embargo, un verso verdaderamente romántico del más típicamente, si no tópicamente romántico, de los poetas españoles del XIX, de Espronceda; lo he tomado como enunciado o título de esta divagación; verso que siempre me produjo extrañeza por su petulante y ardoroso ímpetu: es aquel en que nos habla el poeta de un caballo a quien en su "veloz carrera" trata de pintar diciéndolo: "Tendido en el escape volador...".

"Huye, que sólo el que huye, escapa", nos había dejado dicho romántica y enigmáticamente en un clásico verso Fray Luis de León. Aquí, en el verso de Espronceda, hay ese fugitivo escape en el que la veloz carrera del caballo se tiende. ¿Se tiende porque corre a galope tendido, como nos dice la expresión tónica de nuestro lenguaje habitual, o se tiende porque se abandona, como la nube blandamente, al ímpetu huracanado que la mueve y lleva consigo? ¿Hay una tensión o una distensión,

día parece que se adapta menos a las condiciones que él mismo ha creado. Pero ya estamos entrando en otro tema del que nos ocuparemos algún día.

(De la Revista Nacional de Cultura. Caracas, Venezuela).

un tensor o un distender en ese tendido, en ese escape volador en que corre el caballo? Es indudable que el poeta ha querido exagerar su sentimiento para expresárnoslo de un modo sublime por extremado. Quiero decir, que ha exagerado la figuración de la carrera del caballo que nos evoca. Pero hay en su exageración un acierto expresivo que falta enteramente a las exageraciones tópicas que la siguen, cuando, en la misma estrofa, se nos habla del "áspero rugir de hambrienta fiera" y del "zumbido del aquilón". No, ese caballo que se tiende en el escape volador, como un nebuloso Pegaso, es indudablemente un caballo de distinta naturaleza que el viento que zumba o la hambrienta fiera que rugie. De distinta naturaleza poética. En el caballo vemos y sentimos una forma de expresión temporal verdaderamente romántica, q' en el zumbido del viento y en el rugido de la fiera hambrienta en modo alguno se percibe. "Tendido en el escape volador" es un verso que se nos mete y enreda, diríamos, por el laberinto del oído; o que se nos pega a esa especie de auditivo paladar que fija ciertas imágenes en la memoria. Pero este verso no parece ni siquiera escrito en la misma lengua castellana en que escribió los suyos Jorge Manrique. Nada tiene que ver este verso extraño y alocado con aquellos otros del sosegado decir temporal del poeta elegiaco cuando nos habla de "la verdura de las eras" o de "los rocíos de los prados". Ni con sus líricas resonancias posteriores, cuando en el anónimo poeta sevillano leemos, dos siglos después, con un mismo dejo o cadencia de temporalidad fugitiva, aquello del heno "a la mañana verde, seco a la tarde"... Ni con la imagen de "la flor de la hierba" que nos dio el profeta judío y de cuya procedencia inefable son todas esas otras "flores de maravilla". Desde las rosas de Ronsard hasta "la flor del instante" de Rubén Darío. "¿Y qué flor no es maravilla?" —insiste en decirnos Calderón—.

El pueblo en España, con su siempre hablar en cristiano, alude a esa maravillosa fugacidad temporal que las

flores expresan designando a la flor de la yerba de la imagen profética con el nombre de que esa viva imagen había nacido, y llamándole poéticamente a esa florecilla volandera: "la palabra del hombre". Cuando Calderón en la maravillosa escena del Príncipe constante —su obra romántica por excelencia— nos muestra, entrelazado en el diálogo de los enamorados Fénix y Don Fernando, ese jeroglífico del tiempo que conjugan los dos amantes en la relación espacial, aparente, de las flores con las estrellas, no desfigura la percepción de lo temporal proyectándolo en la intemporalidad de lo eterno (como injustamente, tal vez, le atribuía en su comparación con Jorge Manrique nuestro Antonio Machado, aislado del diálogo dramático uno solo de sus dos sonetos inmortales) sino que, al ofrecérnoslos, paralelamente, uno y otro soneto de lo pasajero —el de las flores con el de las estrellas, el de la noche con el día (el primero en boca de la mujer, el segundo en la del varón)— ahonda en conceptuosa expresión poética esa misma percepción de lo fugitivo del tiempo, que en las "Coplas se nos manifiesta con sensibilidad diferente; porque en ellas el poeta las viste del sentimiento doloroso de la muerte y las intuye como transidas por el paso, también huidero, de sus lágrimas.

Los amantes no pueden decirnos del mismo modo su sentimiento de lo pasajero ante el amor o la muerte que el hijo ante el padre perdido, sino que, al expresárnoslo, tienen que hacerlo como con el consentimiento de aquella eternidad soñada por su deseo de amor perdurable. Por eso el enamorado Don Fernando, en la escena famosa de Calderón, empieza por oír de la enamorada Fénix que "a la maravilla dio ese nombre el descubrirla"; para responder preguntando: "¿qué flor, di, no es maravilla?". ¿Qué hay que no sea, como el amor, maravillosamente fugitivo, pasajero? El tiempo de las flores, que no tienen la culpa de parecerse a las estrellas. ("Qué culpa tienen las flores? parecerse a las estrellas") es el mismo que rige, y registra en

nosotros, pulsando nuestra sangre viva, la fugacidad del amor que esconde ("registro es nuestro — o muera el sol o viva"). Pues ¿no es admirable expresión de esa fugacidad temporal en nosotros aquella en la que compara el poeta, poniéndola en labios de la enamorada Fénix, "flores con estrellas", llamando a los astros maravillosas flores nocturnas?:

"Flores nocturnas son, aunque tan bellas, efímeras...

Para terminar por decir de las estrellas encendidas en sus cielos, tan aparentemente eternas, que son, también, como las flores, "primavera fugitiva". El llamar a las estrellas de esta manera prende en nosotros esa rara cadencia de la temporalidad más maravillosa, de la fugacidad más escondida en nuestro ser, como si se nos reflejase por ellas en la conciencia el correr de un río invisiblemente percibido en el fluir temporal oscuro de nuestra propia sangre. "Esa pues, primavera fugitiva", — que dice en su maravilloso verso Calderón—, ¿no es imagen de nuestra vida temporal perseguida y perseguidora de la muerte por el amor, o del amor contra la muerte, como la del destino trágico de la

enamorada pareja calderoniana? ¿Qué tiempo fue mejor "pasado" para esos amantes eternos?

"Cualquiera tiempo pasado" no es mejor ni peor por ser tiempo, sino por todo lo contrario: por haberlo dejado de ser, por haber dejado de pasar. El tiempo pasado ya no es tiempo, ya no es más que pasado; ya no es fugitiva, pasajera temporalidad.

El tiempo que nos huye y que nos persigue, al que perseguimos y nos escapa, no deja nunca de pasar. Su recuerdo no preteriza nunca su propio ímpetu que tiende y nos tiende, como el caballo del verso romántico de Espronceda, hacia lo venidero eterno: ¿qué tiende o nos tiende hacia Dios?

Ese caballo del verso de Espronceda, "tendido en el escape volador, "acaba, si no empieza, por perderse y perderse de vista. "La veloz carrera" de ese caballo o nube se nos pierde —se nos pierde de vista, se nos gana de oído; y por eso no nos importa la huella o rastro volandero de su paso que nos ha dejado prendido en el oído con ese

BOTICA

MARIANO JIMENEZ

— EN LA AVENIDA CENTRAL —

Medicinas

Productos Químicos

Cosméticos

Perfumes

CASA FUNDADA EN 1898

verso: "tendido en el escape volador". Lo que vemos o sentimos, lo que oímos, mejor, invisiblemente, en este verso, no es un caballo, es el tiempo mismo fugitivo. Es el tiempo que perdía el poeta regalándonoslo, y regalándonos el oído con ese extraño verso cadencioso: es el "escape volador" del tiempo. De un tiempo que se tiende y distiende en nosotros como si fuese, por nosotros, tensión o distensión escapatoria y volandera. Nos sentimos tensos o tendidos, empujados y abandonados a su forma. Como si el ímpetu que le arrebatara fuese nuestro propio tender a su escapada, a su tendencia natural, a su vuel.

Este verso de Espronceda se tiende, efectivamente, y nos tiende, como impulsado de futuro. El pasado, lo pasado no existe en él: es todo él, y es todo en él tensión verdadera: "escape volador".

Si seguimos la trayectoria lírica de este sentido y concepto de la temporalidad fugitiva a través de la poesía española, veremos que ese arranque que tuvo en las "Coplas" de Jorge Manrique no se desmiente ni desvía, sino es por otra expresa voluntad de desviación poética y de encauzamiento ético o afirmación moral: que no es lo que sucede en Calderón sino en Quevedo. El "cualquiera tiempo pasado" de las "Coplas", al dejar de ser tiempo, al paralizarse en su propio movimiento o temporalidad pasajera, toma en Quevedo sentido ético y no estético, ni poético, sí patético, para determinarse, de ese modo, como susceptible

de ser bueno o malo, mejor o peor; como concepto de valoración o juicio moral. "Cualquiera tiempo pasado", sí es mejor, y no fue mejor, cuando se toma lo pasado, como hace Quevedo en su "Epístola al Conde Duque de Olivares", como categoría moral; forma o molde de valoración y juicio no poético sino ético moral e intemporal. Mientras en las "Coplas" el recuerdo de lo pasado le sirve al poeta, al evocar, para temporizarlo de nuevo, para hacerlo "volver a pasar", en los tercetos de la "Epístola" quevedesca ese recuerdo se hace criterio o juicio de categórica valoración de lo presente, como crítica o censura o juicio moral de comparación con lo pasado:

"Del tiempo el ocio torpe, y los engaños del paso de las horas y del día reputaban los nuestros por extraños...".

"Nadie contaba cuánta edad vivía sino de qué manera".

"¿De qué manera?". Habría que establecer la lección de este paralelismo, oponiéndolo al que eludieron, antes que Quevedo, para no eludir la poesía ni la temporalidad verbal que la expresa, el Capitán Aldana en su "Epístola para Arias Montano" y el anónimo poeta de Sevilla en su famosa "Epístola mortal". En ellos sigue siendo temporalidad fugitiva la apariencia mortal del hombre, sin términos de intemporalidad moral que le superen o trasciendan.

"Iguala con la vida el pensamiento", nos dice o aconseja, en su admirable "Epístola" el anónimo poeta sevillano; para añadirnos:

**"Y no le pasarás de hoy a mañana,
ni quizás de un momento a otro momento".**

¿Así trata de eludir el poeta la temporalidad pasajera?

También el capitán Aldana, en su no menos admirable "Epístola para Arias Monta-

no, se remonta a esa aparente ecuanimidad del alma por el pensamiento, armonizado o equiparado con la vida, cuando nos lleva a la contemplación divina diciéndonos:

**"No que del alma la especial natura
dentro el divino piélago hundida
cese en el Hacedor de ser hechura,
o quede aniquilada y destruida,
o quede aniquilada y destruida,
cual gota de licor, que el rostro enciende
el claro sol, que juntos, aire y lumbre,
ser una misma cosa el ojo entiende".**

Ahora es cosa de ver, y muy de mirar, que para eludir el poeta esa temporalidad pasajera es al entendimiento visual a quien acude, como si tan sólo por él pudiera igualar, como el moralista sevillano pretendía, la vida con el pensamiento. Si el ojo lo entiende de esa manera, el oído parece entenderlo de otra: de

**"Ver aquel alto piélago de olvido,
aquel, sin hacer pie, luengo vacío,
tomado tan atrás del haber sido...".**

"¿Tomado tan atrás del haber sido?". Luego el "haber sido" vuelve al poeta a la tem-

aquella otra "manera" de la que nos dijo el otro poeta en sus "Coplas" inmortales que es por la que todo tiene que pasar. Pasar y no quedarse en el aire, como la luz solar que imagina Aldana comparándola con la contemplación de Dios por el alma: "dentro el divino piélago hundida:

poralidad de su ser en la vida, haciéndole caer de tan "sublime cumbre":

**"Es bien verdad que a tan sublime cumbre
suele impedir el venturoso vuelo
del cuerpo la terrena pesadumbre...".**

Pero mientras la "terrena pesadumbre" la deje eterni-

zarse de ese sublime modo, nos dice el poeta:

**"Déjese el alma andar suavemente
con leda admiración de su ventura:
húndase toda en la divina fuente
y del vital licor humedescida
sálgase a ver del tiempo en la corriente.**

Volvemos con la imagen eterna de la corriente de lo temporal, al sentimiento y pensamiento lírico de lo pasajero. Pues salirse a ver el alma en la corriente del tiempo, o de los tiempos, es sentirse

pasar con ellos y por ellos; igualando el pensar o sentir humano con el pasar del tiempo fugitivo, como el del agua en el correr del río. El anónimo poeta sevillano nos lo confesó en sus tercetos famosos:

**"¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
dó, apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?",
"¿Qué más que el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que deste sueño se recuerde?"**

Vuelve el encanto de lo pasajero a envolvernos el alma, por el oído ("al dulce són de Dios", dice Aldana) como con

un sudario de esperanza. Y hasta con las mismas imágenes de Jorge Manrique:

**"¿Será que pueda ver que me desvío
de la vida viviendo, y que está unida
la cauta muerte al simple vivir mío?"**

**"Como los rios que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida".**

La "veloz corrida o veloz carrera" de los tiempos, nos lleva, como los ríos a la mar, "que es el morir", cantó Jorge Manrique a ese otro piéla-

go divino, a ese otro mar del morir, que hace temer hasta al mismo barquero de la muerte, según nos dice Aldana:

"Los salados abismos miraremos
entre dos sierras de agua abrir cañada,
que de temor Carón suelta los remos".

Estupenda evocación final ralmente de lo eterno, viera
de quien, enamorado tempo- su navecilla:

"Corriendo este gran mar, con suelta vela,
hacia la infinidad buscando orilla".

¿Se tiende también la nave- viento, "con suelta vela", ori-
cilla del clásico poeta en esa llando su propia temporalidad
escapada o escape volador del pasajera?

"También verás correr por la marina
con sus airosas tocas, sesga y presta,
la nave, a lejos climas peregrina".

Toda esta lírica evocación sajero, que cantó como "Be-
marinera termina por fijar lleza intelectual" el romántico
nuestra mirada en esa eterni- Shelley. Nuestro divino Alda-
dad de lo mudable, de lo pa- na nos lo dice así:

"Verás por las marítimas orillas
la espumosa resaca entre la arena...".

¿Resaca del alma, medidora ra de los ríos de Manrique y
temporal de lo eterno! El eco del moralista sevillano. Y así,
nos trae el divino rumor de este último, acaba preguntan-
ese mar, orillado por la muer- do, como el otro en las "Co-
te, con aquel otro de la carre- plas":

"¿De la pasada edad qué me ha quedado?".

Lo que de las nieves o las tan solamente pasada, para
nubes de antaño. Mas no juz- añadirnos estas otras palabras
ga el poeta aquella edad, di- enigmáticas y desengañadas:
ciéndola mejor o peor, sino

"¡Oh si acabase viendo como muero
de aprender a morir!.."

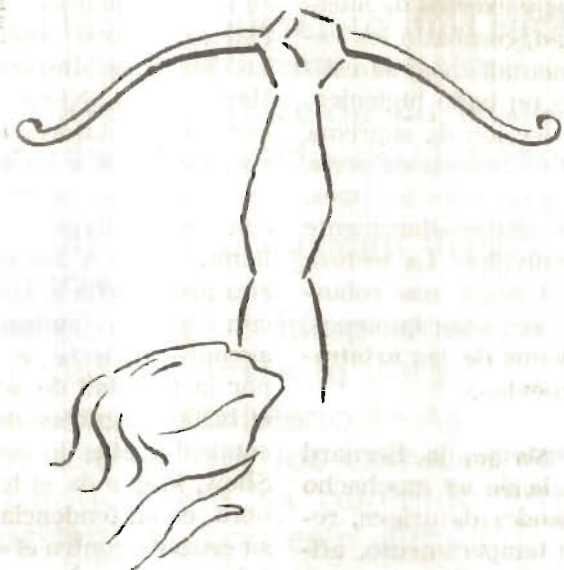
Morir de aprender a morir, ese modo, el pensamiento de
¿no es más que el morir por la vida con el de la muerte?
no morir de Santa Teresa? ¿Morir es pasar? ¿Y pasar no
¿No se iguala, o confunde, de es vivir?.

"Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano;
las hojas, que en las altas selvas vimos,
cayeron, y nosotros, a porfia,
en nuestro engaño inmóviles vivimos".

¿Realmente vivimos inmó- un caballo violento, por perse-
viles en tal engaño? ¿Es ese guir a Dios, San Pablo, el per-
"porfiar hasta morir" el de seguidor perseguido?. Nuestra
nuestra vida? temporalidad finge esa perse-
cusión y escapada, como la

La vida pasa por el correr del jinete y caballo corredo-
del tiempo y nosotros con e- res, huyendo del tiempo que
lla. Cuando deja de pasar, es persiguen y que les persigue.
muerte. Lo pasado, como pa- Pues, como San Pablo, ¿hu-
sado, no es mejor ni peor por- yendo y persiguiendo a Dios?
que "no es"; ya que lo que de- Que, en definitiva, la máscara
cimos que fue" y no vuelve a de nuestra temporalidad
ser pasajero no es más que pasajera, "tendida en el esca-
sombra vana de lo que está pe volador", o está hueca, va-
siendo, de lo que está pasan- cía, como expresión trágica
do. Y este pasar, este correr de la "nada", o nos encubre,
del tiempo, pasajero, fugitivo, para que podamos mirarlo sin
"tendido en el escape vola- morir, el rostro divino.

Revista "El Hijo Pródigo"
Año I, N° 2, México, Mayo
de 1943.



George Bernard Shaw

Por Ernesto Arduro

Nuestra centuria no ha producido un ironista de puntería tan certera ni de tan fina mentalidad, como ese irlandés desconcertante, de barba rubicunda y de ojillos sagaces, que hizo carrera en Inglaterra con unas simples iniciales: G. B. S. A primera vista, pudiera parecer Bernard Shaw un mero lanzador de pirotecnias, un arquero diabólico de chistes ingeniosos. Sería sin embargo una impresión muy superficial, no penetrada de las geniales sutilezas del gran creador y artífice literario de nuestro tiempo.

No habría exageración en proclamar que Bernard Shaw fue uno de los tres o cuatro primeros escritores de esta centuria. Su influencia ha sido comparada con la ejercida por Voltaire en su época. Dominó con maestría la crítica de las costumbres, señaló con valor los defectos y excesos de nuestra sociedad, combatió los vanos sentimentalismos; su estilo es como un baño higiénico, como una lección de suprema sinceridad en una época presa de retóricas de todos los tipos, que pesan abrumadoramente sobre el individuo. La lectura de Bernard Shaw nos robustece, nos hace más humanos, despojándonos de las arbitrarias vestimentas.

La historia de Bernard Shaw fue la de un muchacho pobre, irlandés de origen, rebelde por temperamento, aficionado al periodismo y a las letras, relegado por mucho tiempo a labores oficinescas

hasta que por fin logró abrirse paso en los diarios de Londres como crítico teatral y de arte. Adoptó un estilo original y humorístico, que pronto conquistó al público londinense. Irrumpió después en los predios del teatro, donde se inició con "Casas de Viudos". Hizo política de salón, como socialistas de ideas, y por sus paradojas magistrales y su genial ingenio, logró conquistar plenamente a los ingleses, a pesar de los ataques con que frecuentemente los abrumaba. Su poderío fue tal, que se le permitió el pecado de atacar a Shakespeare, mientras encumbraba a Ibsen con tono profético. La presencia de Shaw en la literatura contemporánea es como una gimnasia higiénica, del pensamiento.

La obra de Shaw tiene características revolucionarias. Va contra todo lo establecido en el orden político, social, artístico, literario. Adopta como sus máximos inspiradores a Marx, Ibsen, Nietzsche, Wagner y otros autores heterodoxos. Desprecia a los ingleses y los ridiculiza, se manifiesta con convicciones socialistas, llama tontos a los norteamericanos, desafía a las mujeres con teorías audaces, pero siempre divierte e interesa, por la agilidad de su estilo y el brillo magnífico de su pensamiento. Mas lo esencial en Shaw, lo que da el tono de su obra, es su tendencia realista, su cruzada contra el sentimentalismo, al cual considera como un morbo de la peor especie. Adopta la actitud del cí-

nico y desprecia a la sociedad sentimentaloides, en el fondo egoísta y cruel que ha podido observar. ¿Podría decirse de Shaw que es un escritor sin emoción? No lo creemos, sólo que en él lo emocional se halla regido por una recia voluntad lógica, por un afán crítico que usa del humorismo como medio de expresión. Porque en el fondo Shaw no ataca los verdaderos sentimientos, sino aquellos exagerados y falsos. En cierta ocasión Bernard Shaw, al ocurrir el deceso de su madre, hablaba con desenvoltura sobre la música que debiera tocarse en los funerales. Como sorprendiera a su interlocutora, aclaró: "No crea que soy un hombre que olviad fácilmente a los seres". He ahí la postura del enigmático irlandés. Renuncia al exhibicionismo inelegante del sentimental, pero en el fondo sus fibras emocionales vibran intensamente. En sus obras, sucede lo mismo, el aparente cínico no es más que un magnífico higienizador de costumbres, que pulveriza las vanas hipocresías en aras de una convivencia social más sincera, donde la justicia no sea un lugar común, sino una sustancia real.

El tipo del realista aparece frecuentemente en sus obras. En Pigmalión, por ejemplo, presenta a Doolittle, el padre de la florista a quien hace expresar:

"Tampoco tendría usted moralidad si fuese tan pobre co-

mo yo. Y no es que yo tenga malas intenciones; pero vamos a ver, si a Elisa le ha tocado un premio gordo, ¿no es justo que tenga yo una pequeña participación? Díganme, ustedes, caballeros, ¿qué soy yo? Un pobre que no tiene culpa de ser pobre. Esto supone un conflicto continuo con la moralidad de la clase media. Si hay algo en qué disfrutar y yo trato de disfrutarlo, todos me quieren negar el derecho a ello. Necesito comer, beber, diversiones, porque soy un hombre pensador. Me hacen falta expansiones. Pues bien, me piden por cualquier cosa lo mismo que a otros. No me regalan nada. ¿Y cuál es la moralidad de la clase pudiente? Escudarse en esa moralidad para negármelo todo, para no darme nada".

Se explica que Mr. Doolittle, apremiado por esas injusticias, trate de encontrar dinero aunque sea a costa de vender a su hija. Y ésta, Elisa, que al cambiar de vida encuentra que estar sucia no es una necesidad, ya que las clases pudientes poseen baños magníficos, con agua caliente y fría, perfumes, etc., ¿qué hace, después de recibir la protección y enseñanzas del profesor, convirtiéndose de vulgar florista en una muchacha educada y atractiva? Al elegir matrimonio, no escoge al profesor, a quien en el fondo ama y estima, sino al muchacho un tanto tontuelo, que se muere de amor por ella. Elisa —dice Shaw— entre pasarse la vida buscándole las zapatillas al profesor, prefiere que Freddy se las busque a ella, máxime cuando puede dominar a éste mucho mejor que a aquél.

II

En la clasificación formulada por Bernard Shaw del género humano en dos grandes grupos: los sentimentales y los realistas, el insigne autor dramático incluye a las mujeres deliberadamente en el segundo. Esto ya implica un elogio para la mujer. De hecho, Shaw la inserta en su sector favorito, se la anexa como si dijéramos. ¿Truco de galan-

teador impenitente? Acaso, pero veamos sus ingeniosas teorías.

La mujer, según el autor de Pigmalión, adopta a veces actitudes sentimentales, mas son totalmente fingidas. En el fondo lo que busca es realizar el matrimonio, tener hijos, perpetuar la duración de la especie. Se trata de un imperativo vital al cual no puede evadirse, a menos que trastorne todo su mecanismo biológico. Y como requiere del hombre para esa tarea, procura incorporárselo mediante todos los artificios. Aunque aparentemente la mujer ostente la actitud pasiva, la verdad es que la mayor parte de los casos la iniciativa depende de ella. "Espera —dice Shaw— pero como la araña a la mosca". El hombre, en cambio, tiene un sentido más episódico, más aventurero del amor. No le interesa gran cosa perpetuar la especie, sino asegurarse el disfrute de la belleza, del placer, desarrollar su capacidad de erotismo. Hace concebir supremas idealidades en la mujer, la reviste de formas novelescas, "cree amar a no sé cual criatura de marfil y de coral, con la que podrá vivir fuera del Tiempo y del Espacio". Sólo que cuando despierta "ama a una mujer de carne y hueso que pide energicamente sus derechos y para quien la historia comienza en los instantes que para él termina". Dotada la mujer de un instinto seguro en las cuestiones del amor, mientras el hombre procede sólo con afán aventurero, no es extraño que ella represente en la realidad el papel donjuanesco, aunque las apariencias demuestren lo contrario. Bernard Shaw, con su originalidad característica, vira al revés la leyenda del Don Juan, convirtiéndolo de conquistador en conquistado y a Doña Ana, la tímida y frágil mujer, la coloca en actitud ofensiva para rendir a sus incautos adoradores. Tal sucede en una de sus obras más bellas y conocidas: "Hombre y Superhombre".

Mas esa actitud hegemónica que Shaw confiere a la mujer en el amor, no significa que persiga fines egoístas ni malévolas intenciones con res-

pecto al hombre. Lo conquista sabiamente, se lo incorpora, porque ello es necesario para que la especie prospere. Pero a su vez experimenta hacia el hombre un sentimiento maternal, trata de cuidarlo, protegerlo, orientarlo realísticamente en la vida. Los hombres son pobres criaturas idealistas, ingenuos que se dejan llevar y traer. Les hace falta el freno vigilante de la mujer. En "Cándida" —una de sus obras más logradas— presenta Bernard Shaw el dilema de la mujer que tiene ante sí dos pretendientes: su marido, pastor mediocre que se cree dotado de grandes talentos y el poeta Marchbanks, de altos vuelos líricos y sublimes concepciones. Cándida se decide por el más débil, por su marido, que necesita más de ella que el poeta. El instinto maternal ha triunfado sobre la fascinación ejercida por el talento del artista. Es esa una característica femenina.

Junto a tales conclusiones sobre la mujer, filosóficamente razonadas y desde luego muy dignas de aprecio intelectual, Bernard Shaw ha suscrito otras opiniones que tienen cierto sello espectacular, como encaminadas a escandalizar y divertir. Cierta vez se le preguntó cuál era el principal obstáculo para la emancipación de la mujer y ni tardo ni perezoso contestó que la lujuria. En realidad, muchas de sus otras confesiones y juicios desmienten esa aseveración. Su propia experiencia le confirmó lo contrario.

Convendría añadir a lo expuesto, para una comprensión más clara del desconcertante autor, que Bernard Shaw fue sumamente casto en sus relaciones amorosas. No tuvo ninguna experiencia de ese tipo hasta los 29 años y ha declarado que podrían contarse con los dedos de una mano las mujeres que han desfilado por su vida. Sublimó durante algún tiempo, con ideales artísticos, el instinto erótico. El mismo lo expresa a su biógrafo Harris —por cierto original biografía, ya que toda ella es una polémica entre Shaw y el autor:—"Ah, pero usted no ha sido educado como yo en Haendel, Mozart, Miguel Angel, Rafael y

la escultura griega. Si su sentido de la belleza hubiese sido convenientemente fomentado, no habría podido a esa edad tocar a cosa tan prosaica como una mujer real". ¡Shaw afirmaba tal juicio a los 72 años! Posiblemente a esa edad se pueda hablar en forma tan desaprensiva de las mujeres, pero no deja de ser sincera la confesión de Shaw, quien realmente mantuvo un largo celibato en su juventud. Después, se convenció con muy buen juicio que las mujeres no eran tan prosaicas como se había imaginado, y se dedicó con justificada prisa a recuperar el tiempo perdido.

Con todo lo que pueda ha-

ber de aparentemente despectivo en la actitud de Bernard Shaw hacia el otro sexo, nos parece que en el fondo no ha hecho sino rendirse ante la soberana e ineludible influencia de la mujer. En la vida práctica ocurrió así. En sus obras, los temas y personajes femeninos son los fundamentales. En su clasificación filosófica de la humanidad concedió a la mujer el privilegio de considerarla en su grupo favorito. No ha habido escritor contemporáneo que haya puesto de relieve con mayor nitidez el poderío de la mujer en nuestra sociedad. Ha sido, paradójicamente, un campeón de feminismo activo.



GANADERO:

LAS MELAZAS

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

Mayor producción de leche.

Engorde más rápido del ganado de carne.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Diez céntimos el kilogramo.—Cuatro y medio céntimos la libra.

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

CAMARA DE AZUCAREROS.

Brújula Quieta

San José, enero 6 de 1959

Señor

Arturo Echeverría Loria

Apartado 1157

San José.

Señor Echeverría:

Permitome saludar a usted muy atentamente y rogarle se sirva hacer llegar a sus distinguidos compañeros de trabajo, en BRECHA, la más entusiasta felicitación por la labor cultural que su Revista representa.

"Repertorio Americano" y BRECHA llenaron el vacío que privaba en nuestro ambiente. Hoy, el Maestro García Monge está ausente, y su ausencia, creemos, es el preludio a la desaparición de su "Repertorio".

Queda, sin embargo, BRECHA, que deberá llenar el espacio que deja el "Repertorio" y proseguir su brillante carrera. Las dos Revistas anhelaban los mismos caminos... los mismos ideales les llevaron a vencer difíciles obstáculos.

"Es el arte que vence el espacio y el tiempo", dice el lema de BRECHA. Y agregamos nosotros: Son los hombres que comulgan con altos

ideales quienes hacen posible la realidad de las ideas, ideas que plasman, adquieren forma y se convierten en obras de arte.

BRECHA ha emprendido una misión grande, digna de aplauso. Su ruta y su propósito deben proseguir por las mismas normas que la engendraron. El tiempo y el espacio no podrán entorpecer su obra magnífica.

Para BRECHA, para sus Editores y colaboradores, un atento saludo y muchos triunfos.

Francisco Leitón Granados

P D.—Adjunto encontrará una especie de ensayo titulado **Discurso Preliminar de D' Alembert**, del cual puede disponer a su entero criterio.

Adolfo Salazar, el crítico y musicólogo español que residía en México, acaba de fallecer. En la vida efímera de EL SOL, diario madrileño de honda trayectoria, nos brindó sus páginas de crítica musical; y en México, realizó su obra erudita de musicólogo. Hombre de letras, gran trabajador intelectual deja una obra digna y meritoria. Fue uno de los musicólogos más eminen-

tes de los tiempos actuales.

Alfonso Ulloa tiene ya lista para entrar en prensa una novela, su primera obra en esa forma literaria. Ulloa, fino poeta de personal decir, continúa experimentando en los campos de la imaginación y su arte es, además de honrado, pulcro y sin pretensiones.

El escultor Néstor Zeledón, hijo, tiene un gran mérito: ser un buen trabajador. Tiene ya Zeledón una obra escultórica importante a pesar de sus pocos años; y ahora prepara una exposición de los trabajos en piedra y de modelados ejecutados en el año 1958. Creemos importante este evento artístico y le deseamos al escultor mucho éxito en su exposición.

¿Qué pasa con la Editorial Costa Rica? ¿Por qué no se realiza el proyecto de ley que tantos desvelos ha costado a don Fernando Volio Jiménez? Estamos esperando mucho de esta Asamblea Legislativa. Creemos que un paso firme para auténticas realizaciones

culturales, debe ser la aprobación de ese proyecto de ley. Es preciso, además, hacer un amplio estudio de las necesidades de nuestros intelectuales para editar lentamente y con seguro paso, las obras que merezcan ser publicadas. Creemos que esto es una imperiosa necesidad en nuestro medio, muy dormido en el aspecto espiritual por falta de estímulos.

El Ministerio de Educación Pública está haciendo una buena labor editorial. Revisando libros agotados de nuestros mejores escritores y poetas, y estudiando las posibilidades de editar a los nuevos. Es verdaderamente halagador esa inquietud en marcha, ese afán de sacar del olvido lo editado y de publicar lo nuevo. Luis Ferrero trata de hacer esta labor de manera digna. Hay ya varios tomos en preparación y otros ya editados. Entre los que se encuentran ya editados están "Mi Pajarera" de Reinaldo Soto Esquivel; la obra completa del maestro García Monge, los "Cuentos Grises" de Carlos Gagini y tal vez uno que otro más que se nos ha escapado a la memoria.

El poeta Mario Picado Umaña, es un infatigable trabajador intelectual. Su preocupación por la forma y el fondo de las cosas de sus creaciones, lo hacen cada vez más exigente; es por esto que aunque ya tiene en el horno cocinándose tres libros de poesía, fruto de muchos años y desvelos en el trabajo, todavía no los publica. Picado Umaña va madurando su obra, sin las prisas de la juventud, sin el afán de publicidad que es condición de quien empieza.

García y la de Manuel de la Cruz González, ambas con excelentes realizaciones de pintura abstracta, iban a conmover nuestro ambiente cultural. Hemos esperado en vano. Ni un comentario, —pues dos o tres comentarios, son casi nada para el mérito de ambas exposiciones— ni ninguna otra manifestación de agrado o desagrado por la forma de producirse, de presentarse con su obra estos dos eminentes pintores nuestros han salido de nuestra pobre tierra tica. Hemos llegado a la conclusión, ¡pobre tierra nuestra! de que aquí nadie conmueve a nadie.

pasión por el arte la lleva a las más duras tareas en el trabajo; y en el dibujo pone su alma, su ser íntegro. Bertheau debiera hacer en este año que apenas nace, una exposición de sus trabajos. Siempre es refrescante para el espíritu pensar que existen gentes como ella, empeñosas, inteligentes, dedicadas a la pintura, a la que dan su alma, su dolor y su fuerza creadora. Bertheau es una gran animadora, una entusiasta del arte y merece el reconocimiento de todos, por su labor honesta y fuerte.

No sabemos nada de Margarita Bertheau, nos imaginamos a esta maravillosa pintora, como siempre, dedicada al dibujo, al óleo y a la acuarela, disciplinas artísticas que domina. Margarita es un ejemplo digno de imitarse. Su

José Marín Cañas no ha vuelto a escribir, Marín Cañas no nos ha vuelto a dar nada parecido a lo que nos daba en teatro y novela. Y de José Marín Cañas, pensamos publicar un cuento; un cuento maravilloso, un cuento de Marín Cañas: "Rota la Ternura" ese es su título; y nos lo dará para BRECHA, el poeta Al-

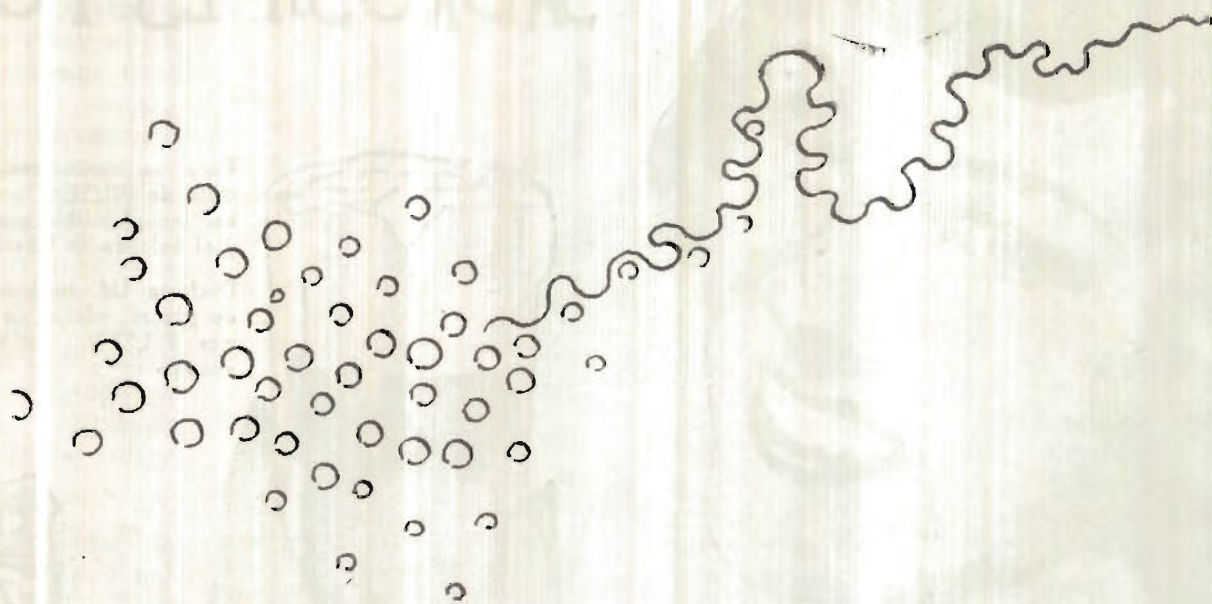
fonso Ulloa Zamora, quien asimismo nos ha ofrecido acompañarlo de un comentario. A Marín Cañas no hay que olvidarlo. No merece el olvido quien como él ha escrito la prosa viva para teatro y también las novelas "El Infierno Verde" y "Pedro Arnáez", entre otras.

Alberto F. Cañas nos tiene ofrecido un cuento. No recuerdo el título de la obra, solamente recuerdo que hace muchos años se escribió para "Repertorio Americano" y luego lo reprodujeron muchos periódicos de América en sus secciones literarias, entre ellos el "Diario de la Marina" en la Habana y el "Nacional" de México. José Piojan, lo leyó y felicitó al autor en carta personal. Ese cuento será de nuevo publicado en una próxima entrega de BRECHA.

Francisco Amighueti, tiene

para los lectores de BRECHA también un artículo sobre pintura. La reconstrucción de las palabras que pronunciara en la apertura de la Exposición de Manuel de la Cruz. Estamos esperando que el Pintor Amighueti nos cumpla lo prometido para hacer la publicación.

Siempre que Enrique Macaya Lahmann nos da unas páginas de novela o poesía nos quedamos esperando más. Macaya Lahmann es un escritor y poeta que presenta las cosas con naturalidad, con una difícil sencillez que solamente es el producto de mucho estudio y de muchas meditaciones. La gran erudición de Enrique Macaya Lahmann no ensombrece su prosa y su poesía, siempre tiene la frescura de las cosas recién nacidas, la ternura de lo natural y no de lo alambicado. Por eso queremos más y más prosa y poesía de Enrique Macaya Lahmann.



MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.

